

3-3-93
EDICIONES DEL CARRO DE TESPIS

SELECCION TEATRAL

Nº 31

JULIEN LUCHAIRE

ALTITUD 3200

Traducción de
ARTURO CERRETANI

Título del original en francés

Altitude 3200

EDICIONES DEL CARRO DE TESPIS

BUENOS AIRES

ALTITUD 3200

Comedia en tres actos y cinco cuadros estrenada el 18 de febrero de 1937 por la Compañía de Raymond Rouleau en el Théâtre de l'Etoile de París.

PERSONAJES

Magali — Marta — Sonia — Zizi — María Paula — Jorgelina
Victor — Ireneo — Armando — Sergio — Benito — Vicente — Arturo

JULIEN LUCHAIRE

Lucien Luchaire fué hijo de un universitario ilustre, Achille Luchaire, eminente historiador y profesor en la Sorbona, donde sucedió a Fustel de Coulange. Luchaire recibió, pues, una educación que lo llevó también a ocupar cátedras en las facultades de Lyon y de Grenoble. En 1908 fundó el Instituto Francés de Florencia, que dirigió durante años, y después en París ocupó cargos importantes en el Ministerio de Instrucción Pública, y en 1925 fué designado director del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones. Autor de varios libros de historia, escribió solamente una obra para el teatro, "Altitud 3200", que la destinó para una representación de estudiantes con motivo de una fiesta de fin de curso, pero la pieza despertó tan grande interés que fué llevada al teatro profesional de los escenarios de todo el mundo.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Hecho el registro que ordena la ley N° 11.723.
Se terminó de imprimir en los Establecimientos Gráficos Cons-
tancia, Cangallo 2267, Buenos Aires, el 9 de enero de 1953.

ACTO PRIMERO

La escena está a oscuras. Pausa. Comienza a escucharse la voz de Sergio, después las de Victor, Ireneo, Benito, Vicente, Armando y Arturo; todos ellos fuera de escena.

VICTOR. — ¡Eh!... ¡Eh!... Por aquí hay una casa.

SERGIO. — ¿Cómo dices?

VICTOR. — *(Ahora las voces se aproximan.)* Me parece que es un hotel.

SERGIO. — Pero no, no. ¡Es un chalet!

VICTOR. — Te digo que es un hotel. Me parece que estuve aquí el año pasado.

VICENTE. — A ver si entramos de una vez. Estoy harto de caminar.

BENITO. — Los postigos están cerrados. A lo mejor no hay nadie adentro.

ARTURO. — Puede que esté el portero. *(Risas.)*

SERGIO. — ¡Silencio, criatura!

VICTOR. — Calma, calma.

VICENTE. — *(Golpes en la puerta.)* ¡Eh, de la casa!

BENITO. — Deben estar durmiendo. *(Nuevos golpes.)*

VICENTE. — ¡Abran por favor! *(Más golpes.)*

SERGIO. — Bueno, hay que hundir la puerta. *(Golpes más fuertes.)*

VICTOR. — Despacio, Sergio.

SERGIO. — Un momento, voy a hacer palanca con el bastón. *(Chirrido fuerte.)*

TODOS. — ¡Por fin! *(Al cabo de un instante Sergio aparece por derecha. Viste de alpinista. En la oscuridad choca con una silla.)*

SERGIO. — *(Adelantándose y llamando.)* ¡Hola! ¡Hola! *(Sergio vuelve hacia la entrada y hace señas. Sus seis compañeros entran, vestidos de alpinistas, mochila a la espalda, sucios y mal afeitados.)* ¡Ya sabía yo que era un hotel abandonado!

VICENTE. — Es una especie de "boite" ¡pero cierra muy temprano!

ARMANDO. — Les advierto que hemos fracturado la puerta.

BENITO. — Y esto lleva a la cárcel, Profesor.

ARTURO. — *(Asustado.)* ¡La cárcel!

BENITO. — Debido a tu edad, van a decir que has obrado sin discernimiento.

VICTOR. — Yo me hago responsable de todo. Tenemos seis horas de marcha antes de llegar a la primera población. Es tarde y empieza a oscurecer.

ARMANDO. — *(Buscando por el lado del office.)* ¿Hay alguien por este lado?

VICTOR. — No puedo permitir que mi compañía viaje por un camino tan peligroso. Vamos a pasar la noche aquí. Descanso para todo el mundo. *(Todos empiezan a abrir sus mochilas y a extraer útiles diversos, sobre todo zapatillas. Algunos se descalzan.)*

VICENTE. — No tan rápido. Sobran piezas en este hotel. Podemos instalarnos confortablemente. *(A Arturo.)* ¿Subimos, bebecito? *(Ambos suben las escaleras.)*

IRENEO. — Opino que no deberíamos tomarlo por asalto. Se justifica que pasemos la noche en el hotel, pero no que lo tratemos como país conquistado.

BENITO. — ¡Ah, pretendes que durmamos en el suelo, habiendo tanto colchón de plumas! Estás exagerando, reverendo padre.

ARMANDO. — Ireneo tiene razón.

SERGIO. — Yo tendría escrúpulos si se tratase de una casa particular. Pero esto debe pertenecer alguna Sociedad Anónima. Los desperfectos se asientan en ganancias y pérdidas.

BENITO. — Y la comida también. Me imagino que habrá provisiones. *(Mutis office.)*

ARMANDO. — Si te parece tomo nota de todo, Víctor. *(Ireneo extrae un breviario de su bolsa y se aparta para leer.)*

VICTOR. — De acuerdo. Y para dormir vamos a ocupar las habitaciones de los criados.

SERGIO. — ¡Oh!

VICTOR. — He dicho *(Sacu una pipa y la llena.)*

ARMANDO. — *(Encendiendo también su pipa.)* Debemos parecer una cáfila de Robinsones, ¿eh?

VICTOR. — Estamos en pleno desierto: con seguridad so-

mos los últimos en atravesar el ventisquero este año, antes de la tormenta de nieve.

SERGIO. — Yo creía que la ruta quedaba abierta durante todo el invierno.

VICTOR. — Sí, a partir de diciembre hay terrenos magníficos para hacer esquí. De diciembre a febrero se abre el camino de mulas que viene desde el valle.

ARMANDO. — Lo conozco: aquí cerca hay un trecho de más de un kilómetro que flanquea la montaña por encima del ventisquero. Muy lindo.

SERGIO. — Yo también lo recorrí. Hay un pasaje en el túnel.

VICENTE. — *(Bajando con Arturo.)* Por lo menos hay diez habitaciones. Pero no doy con las llaves.

BENITO. — *(Volviendo del office.)* Muchachos, tenemos provisiones para seis meses. Conservas, café, bizcochos, etcétera. ¡Ah, y líquidos de todas clases! ¡Habrá cocktails en abundancia!

VICENTE. — Es difícil que lo traguemos todo de hoy a mañana.

ARMANDO. — ¿A que no hay pan?

BENITO. — No, no hay. *(Todos menos Sergio cambian su calzado por zapatillas. Benito arroja sus botas a través de la sala.)* ¿Qué tal si nos quedásemos dos meses aquí?

ARMANDO. — *(Riendo.)* Linda idea.

SERGIO. — *(Sin reír.)* Me sentaría muy bien, lo confieso.

ARMANDO. — ¿Y la Facultad?

SERGIO. — Quien piensa en facultades. ¡Esto es vida!

VICTOR. — Bueno, basta de filosofía. A la cocina muchachos. Vicente, Benito... *(A Arturo.)* Tú también. Bebé...

ARTURO. — ¡Oh!

VICENTE. — Yo voy a la bodega.

BENITO. — No, voy yo.

VICENTE. — Es que yo sé donde está.

BENITO. — No te preocupes por eso. Soy muy capaz de dar con ella guiándome por el olfato.

VICTOR. — No va ninguno de los dos. Ireneo se encarga del vino: es el único abstemio de la comandita.

BENITO. — Estos tipos virtuosos son una calamidad. *(Vic-*

tor, Benito y Arturo salen. Ireneo saca de la bolsa un mapa y lo extiende en la mesa.)

SERGIO. — Qué mandón es este Víctor, ¿eh? No importa de lo que se trate. La cuestión es mandar.

IRENEO. — (*Estudiando el mapa.*) En todo caso resulta de primer orden para una expedición a la montaña.

ARMANDO. — Es un gran temperamento de jefe. Víctor va a llegar muy lejos, y será justicia.

SERGIO. — Yo no creo tanto. Es honrado, y sólo llegan lejos los ganapanes.

IRENEO. — Hay que luchar.

SERGIO. — ¿Para luchar te hiciste seminarista?

IRENEO. — Las luchas interiores suelen ser las más difíciles.

ARMANDO. — Los platos están sucios, los cubiertos también. (*Frota platos y cubiertos.*)

SERGIO. — A mí me gustaría actuar, ser dueño de algo. Sobre todo actuar. Ahora bien, yo no me hago las ilusiones de Víctor. Sé que estoy en una prisión.

IRENEO. — (*Levantándose.*) Sergio, te vendrían bien seis meses de convento.

SERGIO. — Tal vez. Pero es un lujo que no me puedo permitir.

IRENEO. — Voy a la bodega.

ARMANDO. — Por allá. (*Ireneo, mutis bodega.*) Querido Sergio, nuestros padres nos han instalado en un mundo inhabitable. Es bueno saberlo. Pero te advierto que no se consigue nada con lamentaciones.

SERGIO. — ¿De qué vale resignarse a una vida mediocre? ¿Acaso nos hace más felices? Yo me exaspero. Tengo envidia de Vicente porque es rico. Me da vergüenza, pero no lo puedo ocultar.

ARMANDO. — (*Engrasando sus botas.*) Es un consuelo pensar que la riqueza es cosa frágil.

SERGIO. — No, no es frágil (*Vuelven Víctor, Vicente, Benito y Arturo. Vicente viste un delantal blanco y bonete de cocinero y Benito un chaleco de valet. Arturo, un saco de groom, pero conserva los pantalones de montaña. Traen bandejas con cajas de conservas, de bizcochos y de dulces. Desfi-*

lan solemnemente y luego dejan las bandejas sobre la mesa.)

VICTOR. — Basta, bufones. Despachen rápido, y a la cama enseguida.

BENITO. — Víctor, propongo que se nos permita saborear en paz estos primores.

VICTOR. — Muchachos, hoy caminamos doce horas seguidas, y mañana habrá que salir antes de que amanezca.

VICENTE. — ¿Y si no madrugásemos tanto? Tengo una ampolla en el pie. Se me puede infectar.

VICTOR. — Lo dicho, dicho.

VICENTE. — Te digo que tengo una ampolla. ¿Quieres que se la muestre?

BENITO. — Eso te pasa por lavarte los pies. Es inútil, este señor no puede renunciar a sus costumbres de millonario.

VICTOR. — Poco a poco. Hace un rato estuviste arriba. ¿Qué fuiste a hacer?

VICENTE. — (*Vacilando.*) Encontré una llave que abre tres puertas. Quiero dormir confortablemente. Puedo hacer cuenta aparte, con tu permiso.

VICTOR. — Nada de cuenta aparte. Tus camaradas no pueden hacer otro tanto.

BENITO. — ¿Y el vino? No lo veo por ningún lado.

IRENEO. — (*Entra con tres botellas de vino tinto.*) Llego a punto.

VICENTE. — Está muy oscuro esto.

ARMANDO. — Yo tengo unos cabos de vela en la mochila.

IRENEO. — Amigos míos, ustedes no tienen confianza en Dios. ¡Hágase la luz! (*Gira el conmutador. Gran alboroto.*)

ARTURO. — ¿Cómo te arreglaste?

BENITO. — Este chico no entiende de milagros.

IRENEO. — (*Avanzando con las botellas.*) Encontré el equipo en la bodega. Lo puse en marcha. (*Deja las botellas en la mesa.*)

BENITO. — ¡Siete hombres para tres botellas!

VICENTE. — (*Mirando una de las botellas.*) ¡Pero si son de naranja! ¿No encontraste nada mejor?

IRENEO. — No busqué nada mejor.

VICENTE. — (*Meneando la cabeza.*) Cosas del ascetismo.

BENITO. — Hace falta una jarra para Ireneo que no le

echa vino al agua; y también para Arturo que mezcla el agua con el vino.

SERGIO. — Yo me aferro mis manías. Me voy hasta la fuente de aquí al lado. Con seguridad el agua está más fresca. *(Mutis con sus dos cantimploras.)*

BENITO. — Los señores están servidos.

ARTURO. — ¡A comer, a comer! Tengo un hambre de lobo. ¡Zas! No alcanzan los abrelatas para todas las sardinas.

BENITO. — Groom, serás castigado por tu temeridad. *(Arturo sale corriendo, los demás se instalan lentamente en la mesa.)*

ARMANDO. — Es un buen chico.

VICTOR. — No le falta coraje. Anda con los pies a la mierda y no se queja.

ARMANDO. — No es como alguno que yo conozco.

BENITO. — Para ése vamos a tener que llamar al médico de familia.

VICENTE. — *(Encolerizado.)* Oigan, va me fastidia que estén recordando a cada rato que mi padre tiene dinero. ¿Es culpa mía acaso?

IRENEO. — Ninguno de nosotros lo recordaría si tú mismo a cada rato no lo trajeses a colación. *(Abre cuidadosamente una caja de bizcochos y enseguida un tarro de dulce.)*

BENITO. — *(Sirviéndose vino.)* Aprobado.

VICENTE. — ¿Ustedes creen que la riqueza no tiene sus inconvenientes?

BENITO. — Sí, y algunas ventajas.

VICENTE. — ¿Saben que gano yo con ustedes? Malas costumbres y nada más.

ARMANDO. — Bien contestado, amigo Vicente. Pero no seas ingrato. Hay que saber apreciar las ventajas de la pobreza. En los tiempos que corren...

VICTOR. — No hay tal ventaja. Nosotros estamos obligados a hacernos una coraza que Vicente no va tener nunca. Por eso los golpes de la vida le van a doler más que a nosotros.

ARMANDO. — ¡El vientre acorazado, y nada para meterle adentro! Francamente, no veo la ventaja.

VICTOR. — Aver cuando pasamos por el Pico Rojo, arries-

gamos la vida, compañeros, y lo hicimos cantando. ¿Saben lo que hay que hacer siempre? Cantar ante el peligro.

ARMANDO. — Todo está muy bien. Lo que me disgusta es entrar en la vida y morir en aras de problemas que los hombres de nuestra generación no han buscado y que no les despertan el más mínimo interés.

BENITO. — ¿Te refieres a los rumores de guerra? ¿Y qué? Recibimos en herencia una cantidad de enfermedades... ¿Qué importa una más o menos?

IRENEO. — Si la guerra es una enfermedad, llegaremos a curarnos de ella.

BENITO. — Todavía no se ha descubierto la vacuna contra esa peste. *(A Arturo que vuelve.)* ¿Y bien, futuro veterano?

ARTURO. — ¿Qué?

BENITO. — ¿Trajiste armas para pelear contra las latas de sardinas?

ARTURO. — Estaban en una caja de lustrar zapatos.

BENITO. — Esto es lo que se llama un hotel bien organizado.

ARTURO. — Les advierto que las lavé.

BENITO. — Muy bien, groom. Sólo falta Sergio para completar la partida.

VICENTE. — Aquí lo tenemos. *(Sergio entra. Mira a sus compañeros sin hablar.)*

VICTOR. — Vamos, Sergio. A la mesa. ¿Qué estás esperando? A ver, las cantimploras. *(Sergio deja las cantimploras sobre la mesa.)* Pero ¿qué te pasa? ¿Estás en la luna? *(Sergio se sienta sin hablar en el lugar desocupado.)*

VICENTE. — Ahora bebamos a la salud de nuestro jefe. Vamos Ireneo, un traguito.

IRENEO. — No, gracias. Ni siquiera una gota. Pero de buena gana elevo mi vaso de agua pura en honor del mejor de los jefes. *(Toma una de las cantimploras y trata de servirse agua. La cantimplora está vacía. Emplea la segunda con el mismo resultado.)* ¿Y, Sergio? ¿Qué pasó con el agua?

VICENTE. — Nada, el señor se está burlando de nosotros.

SERGIO. — *(Tranquilamente.)* No me cuidé del agua, por que había otra cosa en que pensar.

VICENTE. — Maravilloso.

BENITO. — Sabíamos que Sergio era ruso, pero no hasta ese punto.

SERGIO. — *(De pie.)* Señores, estamos todos condenados a morir.

ARTURO. — ¿A morir?

BENITO. — A tu salud, César Borgia.

SERGIO. — Ireneo, dijiste que me hacía falta seis meses de convento ¿verdad? Y bien, ya empezó la reclusión. Pero empezó para todos.

VICTOR. — *(Serio.)* ¿Quieres explicarte?

SERGIO. — Para buscar el manantial tomé el camino de vuelta. A tres minutos de aquí, se produjo un alud. El camino desapareció por espacio de un kilómetro.

ARMANDO. — ¡Lindo cuento!

VICENTE. — Como si hoy fuera día de Inocentes.

BENITO. — ¡Estos moscovitas tienen una imaginación!

VICTOR. — No está mal como broma. Pero si fuera cierto, ya que las crestas son inaccesibles por ahora, y como no hay otro camino...

IRENEO. — Además, en el lugar que dice Sergio harían falta muchas semanas para restablecer un pasaje.

ARMANDO. — Trabajo que no se puede realizar antes de la primavera.

ARTURO. — ¿De modo que seríamos Robinsones en serio?

SERGIO. — Si no me creen, vayan a ver.

VICTOR. — ¿Vamos, Armando?

IRENEO. — Yo también voy.

VICENTE. — ¿Y la comida? *(Victor, Armando e Ireneo salen rápidamente.)*

SERGIO. — No van a tardar. Hay un claro de luna magnífico, y el camino desaparecido brilla como un espejo. A decir verdad no fué un alud. Más bien fué la caída de un cuerpo de roca. ¡Y de qué tamaño!

BENITO. — Tu historia sí que tiene un tamaño fantástico.

SERGIO. — *(Instalándose tranquilamente.)* No te hubiera gustado estar ahí debajo cuando sucedió aquello.

ARTURO. — ¿Verdad que no es cierto, Sergio?

VICENTE. — A mí se me ocurren a montones chistes de esa clase.

BENITO. — Arturo va a tener pesadillas y nos va a despertar como la otra noche en el refugio. *(Breve pausa.)*

ARTURO. — No vuelven.

VICENTE. — Voy a ver.

BENITO. — Santo Tomás va a meter el dedo en las llagas de la montaña.

SERGIO. — Ya veremos si después te sigue el buen humor.

BENITO. — Ante la guillotina, querido amigo, soy capaz de decirle al verdugo que prefiero afeitarme con gilette. *(Vicente va a abrir la puerta. Victor vuelve con Ireneo y Armando.)*

VICTOR. — *(Precipitándose hacia el teléfono.)* Es verdad.

BENITO. — ¡Demonios!

SERGIO. — *(A Benito.)* ¿Qué decías de la guillotina? *(Victor llama y llama en el teléfono.)* Con seguridad se cortó la línea.

BENITO. — Estamos arreglados. *(Victor cuelga.)*

ARMANDO. — La montaña es grande, y nosotros no somos tan copulentos que no encontremos un agujero por donde pasar.

VICTOR. — *(Moviendo la cabeza.)* Conozco la montaña.

BENITO. — ¿De modo que estamos en una ratonera?

VICENTE. — Pero no, no. Propongo que no nos asustemos que empecemos a comer tranquilamente. Mañana veremos.

SERGIO. — Sí, mañana veremos... lo que veremos. Y más adelante seguiremos viendo lo mismo.

IRENEO. — No es muy alegre lo que están diciendo.

VICTOR. — Compañeros, hay que considerar las cosas tal cual son.

ARTURO. — Pero si el teléfono no funciona, nadie va a saber si estamos vivos o muertos.

SERGIO. — La verdad, Bébé.

VICENTE. — Si hace falta varias semanas para rehacer el camino, y no se puede empezar antes de la primavera...

BENITO. — Terminaríamos en junio.

ARTURO. — Noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril, mayo...

BENITO. — Sabes contar con los dedos, camarada. Siete

meses en total. Deberíamos pasar a principios de mayo, pero no hay que contar mucho con eso. *(Una pausa.)*

ARMANDO. — ¿Y si intentásemos atravesar la garganta a pesar de todo?

VICTOR. — *(Después de un instante de reflexión.)* No, si ha habido tormentas allá arriba, la avalancha es cosa segura. Mañana buscaremos otro pasaje. Pero estamos entre dos cadenas inaccesibles. No nos hagamos demasiadas ilusiones. *(Silencio largo.)* Acaso salgamos más pronto de lo que pensamos, pero de todos modos sería bueno precaverse para una estada larga. Veamos: hay más comida de la que hace falta.

IRENEO. — En la bodega hay una cantidad de papas.

VICENTE. — En cambio escasean fósforos.

ARMANDO. — Habrá que mantener el fuego.

BENITO. — Para eso vendrían al pelo una cuantas vestales.

VICTOR. — Bien. No motiremos de frío ni de hambre. Solamente, muchachos, atención a los ejercicios físicos.

VICENTE. — Acabo de ver una colección de skies formidable.

IRENEO. — En la sala de la Dirección hay un botiquín.

BENITO. — Muy amable, la Dirección.

VICTOR. — Hay que estar en todo, muchachos.

VICENTE. — A propósito, las piezas de la servidumbre también están cerradas.

VICTOR. — Está bien, potentado. Ya que hemos de vivir aquí, podemos ocupar las de los huéspedes. Caso de fuerza mayor.

ARTURO. — En el salón hay juegos de pasatiempo.

ARMANDO. — También hay una biblioteca. Pero no parece muy nutrida.

VICTOR. — Otra cosa: ustedes me eligieron como jefe para una expedición de ocho días. Ahora se trata de toda una invernada, casi con seguridad. Reflexionen, no tengo ningún inconveniente en devolver el cetro del poder.

BENITO. — ¡Su majestad abdica! ¡Oh pueblo infeliz!

VICTOR. — Elijan al que quieran. A menos que les parezca mejor turnarnos en el gobierno.

IRENEO. — Víctor tiene razón. Esta reclusión va a ser pe-

rosa, sobre todo en la parte moral. Hace falta una disciplina estricta y una autoridad incontestable. Por tal razón, voto por la dictadura de Víctor.

VICENTE. — ¡Viva el Dictador!

SERGIO. — No, no. ¡Abajo la dictadura! Y viva Víctor.

TODOS. — ¡Hurra!

VICTOR. — En fin, trataremos de salir del paso. ¿Qué les parece ahora si comemos? ¡A la mesa!

VICENTE. — Que bien nos vendría una sopa de papas bien caliente. Sobra tiempo para hacerla. Total mañana no hay por qué madrugar.

VICTOR. — Desayuno a las siete, todos los días.

VICENTE. — Está bien, excelencia, pero yo no me quedo sin sopa ¿Vamos, Arturo? ¿Vamos Benito? Benito debe ser experto en pelar papas.

BENITO. — ¿Yo?

VICENTE. — Digo, como te lo pasas pelando a tus contemporáneos.

BENITO. — Caballero, eso tiene poca gracia. *(Sale con Arturo y Vicente.)*

ARMANDO. — A Arturo hay que darle lecciones. De aquí tiene que salir bachiller.

SERGIO. — Yo me encargo de las matemáticas. Vicente y Benito pueden aprovechar de paso, y prepararse para el curso del Comercial.

VICTOR. — Ya nos vamos a arreglar para que nadie pierda el tiempo. *(Después de una pausa.)* La cosa no va a ser tan fácil para nosotros.

IRENEO. — Con seguridad vas a perder el puesto de Ingeniero que te reservan hasta octubre.

VICTOR. — No llegué a firmar contrato.

ARMANDO. — Yo tengo una cátedra en el Liceo de Avignon. Van a nombrar a otro, lo estoy viendo.

SERGIO. — Yo pierdo otro año de mi curso, pero de todos modos no hubiera encontrado colocación a la salida. Así y todo, siete meses de concentración obligatoria...

IRENEO. — No te vas a morir por eso.

ARMANDO. — Ireneo es un orfebre en materia de casti-

dad. Yo no. Por eso tengo más autoridad para decir que no deploro siete meses de claustro. Más todavía, me alegra.

VICTOR. — En el fondo a mí también, lo confieso.

ARMANDO. — No conozco la vida privada de cada uno de ustedes, pero el hecho de que hayamos partido para escalar la montaña, solos, me indica que ninguno de nosotros estaba ligado a mujeres.

SERGIO. — ¿Mujeres? ¿Quién tiene tiempo para pensar en el amor? Ni tiempo, ni dinero.

VICTOR. — No se apuren, ya llegará el momento para exponer nuestras ideas acerca de la vida.

SERGIO. — ¿Ideas? Yo solo tengo repulsiones.

ARMANDO. — Podemos discutir una hora todas las noches. ¿Les parece bien?

TODOS. — Aprobado.

VICTOR. — Pero de día hay que dedicarse al entrenamiento con seriedad. Mañana habrá que buscar un lugar para hacer una pista. En el fondo vamos a llevar una vida magnífica. *(De pie.)* ¿Aquellos se habrán dormido haciendo la sopa? *(Va hacia la puerta.)*

BENITO. — *(Entra seguido de Vicente, el cual lleva una sopera. Arturo viene detrás. Benito sigue con su chaleco de mucamo, pero le faltan los pantalones.)* ¡Listo, patrón!

VICTOR. — ¿Y los pantalones?

VICENTE. — *(Deja la sopera en la mesa.)* Se volcó la cerola encima.

BENITO. — Los dejé colgados en una rama. Total aquí no hay mujeres.

VICENTE. — Ni falta que hacen.

ARMANDO. — Es lo que estábamos diciendo.

VICENTE. — Las mujeres no sirven más que para complicar la vida.

BENITO. — *(Toma a Arturo por el talle y baila.)* "A nous, a nous... la liberté"

ARMANDO. — ¡A comer! ¡A comer! *(Se sientan tumultuosamente.)*

BENITO. — *(Precipitándose al lugar que va a ocupar Vicente.)* Después de vos, Monseñor, os lo suplico. *(Sergio se ha*

instalado en dos sillas para enojar a Arturo, el cual anda alrededor de la mesa en busca de lugar.)

VICENTE. — Te ofrezco mis rodillas, Bebé.

VICTOR. — ¡Vamos, Sergio!

ARTURO. — Déjenme sentar. *(Sergio da lugar a Arturo, el cual se sienta entre él y Benito. Benito le ata la servilleta al cuello. Arturo se debate.)* ¡Basta, por favor!

IRENEO. — Déjenlo en paz.

VICTOR. — Benito; se te suprime el postre.

BENITO. — *(Fingiendo llanto.)* Perdón, papá. No lo hago más. *(Armando sirve vino.)*

VICENTE. — ¡Eh! Te olvidaste de mí. *(Ireneo inicia una canción y los demás, uno después de otro, se unen a él. Acompañan el ritmo golpeando con los cubiertos sobre la mesa.)*

Ca sa saca sambrara,

ca sa saca sambrara.

Ca sa saca sambrara,

parcá as arbanadá.

Que se seque sembrere,

que se seque sembrere.

Que se seque sembrere,

perque es erbenedé.

Qui si siqui simbriri,

qui si siqui simbriri.

Qui si siqui simbriri,

pirqui is irbinidí.

Co so soco sombrero,

co so soco sombrero.

Co so soco sombrero,

porcó os orbonodó.

Qu su sucu sumbruru,

cu su sucu sumbruru.

Qu su sucu sumbruru,

purcú us urbunudú...¹

(El coro retoma la canción sobre un tono cada vez más rápido mientras Benito baila grotescamente en primer plano has-

1. — ¡Esta canción se canta cada vez con mayor velocidad: la melodía es la de "For he is a jolly good fellow".

ta que de pronto irrumpen Marta, Magali, Zizi, Jorgelina, Maria Paula y Sonia. La puerta se abre y entran en fila y en silencio las muchachas, con la bolsa al hombro. Todos callan bruscamente, luego se levantan. Benito toma una carpeta, se la ata a la cintura. Ambos grupos se miran.)

ARMANDO. — (A media voz.) ¡Diablos!

MARTA. — (Avanzando.) Buenas noches

VICTOR. — (Idem.) Señoritas, buenas noches. ¿Podemos ser útiles en algo?

MARTA. — ¿No hay nadie en la Dirección?

BENITO. — Aquí tiene todo el personal, señorita. A sus órdenes.

MARTA. — (Mirando estupefacta.) ¿Usted es el director?

BENITO. — Soy el encargado del ceremonial, señorita. Aquí está Víctor, el director. Le presento al cocinero, Vicente.

VICENTE. — ¡Fraulein...!

BENITO. — Y Arturo: groom.

ARTURO. — ¿Taxi?

BENITO. — Ireneo: bodeguero.

IRENEO. — A sus órdenes.

BENITO. — Armando: mucamo de adentro. Sergio: director de la orquesta rusa. ¿Las señoritas quieren subir enseguida a sus departamentos? ¡Armando! (Marta consulta a sus compañeras con la mirada. Ellas han estado mirando la pieza en desorden.)

MARTA. — Lo que nosotras tenemos es un hambre...

ZIZI. — ¡Enorme!

MARTA. — Abajo las mochilas, queridas.

MARIA PAULA. — Vamos, Jorgelina. (Todas dejan las bolsas y mochilas en orden en un rincón.)

BENITO. — Por aquí han andado turistas mal educados ¿comprenden? Dejaron todo en desorden. Hola, groom: átome de esas bolsas y esos borseguíes. (Arturo se precipita.) ¡Cocinero!

VICENTE. — (Precipitándose.) Si las señoritas aceptan esta sopa caliente, recién servida... Puedo hacer más, no se aflijan.

MARTA. — (Sonriendo.) ¡Oh, no se moleste más de lo que hace falta! Ya me doy cuenta de que nos encontramos ante un personal... sin mucha experiencia.

VICENTE Y BENITO. — ¡Oh!

MARTA. — Pero en cambio, muy distinguido.

VICENTE Y BENITO. — ¡Ah!

MARTA. — Empezamos por aceptar la sopa. No aguanta-
mos más.

MARIA PAULA. — Oh, sí. (Ireneo mutis a la bodega.)

VICENTE. — Me voy a la cocina. (Mutis izquierda.)

MAGALI. — De veras tengo hambre.

SONIA. — ¿Magali con hambre? Inaudito.

BENITO. — ¿Acaso la señorita es puro espíritu?

ZIZI. — Yo soy todo lo contrario.

JORGELINA. — Lo que yo tengo es sed. (Se instalan en la mesa.)

MARTA. — (A Víctor.) ¿Hace mucho que ustedes se encuentran aquí?

VICTOR. — Acabamos de llegar. ¿Y ustedes, de dónde vienen?

MARTA. — Del ventisquero. (Los muchachos se miran.)

VICTOR. — (Con un silbido de admiración.) ¿Y cómo pasaron?

MARTA. — Abriéndonos paso.

VICTOR. — Ah, entonces pasaron antes que nosotros. ¿Pero como no llegaron antes?

MARTA. — Nos perdimos en el camino de vuelta. (Benito mutis rápido.) Lo pasamos mal. Una de nosotras no se sentía muy bien y tuvimos que hacer alto en el ventisquero. Después se presentó la niebla. Anduvimos de aquí para allá entre las grietas, hasta que nos volvimos a reunir en el otro lado del valle.

BENITO. — (Volviendo. Lleva puestos los pantalones y se ha quitado el chaleco de mucamo. Trae una pila de platos soperos.) Estos son mejor para las señoritas. (Arturo mutis rápido.)

ZIZI. — ¡Oh, que gentil! (De pie.)

MARTA. — ¿Adónde vas?

ZIZI. — Un momento. (Se llega al espejo, se peina y se pone rouge en los labios.)

SONIA. — (Se levanta y va al espejo.) Buena idea. (Marta sacude la cabeza.)

BENITO. — Sí que es buena idea. El rouge es excelente para abrir el apetito.

VICTOR. — Así no vale. Nosotros estamos sin afeitarse. (*Arturo vuelve con una bandeja llena de copas; las distribuye en la mesa. Magali y María Paula se han turnado ante el espejo.*)

MARTA. — Con seguridad el personal del hotel no nos hubiera atendido mejor. Supongo que no harán cuestión si dejamos de lado los cumplidos. La etapa de mañana es larga y habrá que madrugar. (*Los muchachos se miran en silencio.*)

BENITO. — No hay que pensar en mañana.

ARMANDO. — Descansar, estando cansado, es una de las maravillas de la existencia. Es mejor no malgastar ese placer.

ZIZI. — (*Encendiendo un cigarrillo.*) Tiene mucha razón.

SONIA. — ¡Vamos a dormir en verdaderas camas! Esto es un paraíso.

BENITO. — ¿Le parece? En su lugar yo pensaría en pasar unos cuantos días en este lugar.

MARTA. — Oh, no: mañana tenemos que atravesar la garganta del Hivernet y escalar la Punta Negra. ¿Y ustedes?

VICTOR. — Nosotros deberíamos hacer lo mismo, pero...

BENITO. — Resolvimos que era mejor no salir mañana.

ZIZI. — ¡Qué lástima! Hubiéramos podido hacer juntos el camino. Pero, Marta, ¿de veras hace falta salir mañana?

ARMANDO. — Nosotros, que somos hombres, intercalamos un día de reposo entre esas dos caminatas.

MARTA. — Tenemos el tiempo justo. Y además cuando se ha trazado un plan, hay que seguirlo hasta el fin.

BENITO. — Habrá que andar derecho cuando las mujeres sean gobierno, ¿eh?

MARTA. — ¡Esto apesta a humo!

ARTURO. — Es cierto. (*Mutis.*)

MARTA. — ¿Es el benjamín de la partida?

VICTOR. — Sí.

MARTA. — (*Señalando a Jorgelina.*) Esta es la nuestra.

ARMANDO. — La felicito, señorita...

JORGELINA. — (*Ruborizándose.*) Jorgelina.

ARMANDO. — Señorita Jorgelina, hay que ser buena alpinista para atreverse con una ruta como la de hoy.

ARTURO. — (*Volviendo.*) Pasa que Ireneo encendió la ca-

lefacción. Echa un poco de humo porque la instalación es nueva.

MARTA. — ¡Pero que exageración! Tanta molestia por una noche.

ZIZI. — Ah, estos chicos son un encanto. (*Vicente vuelve con la sopera. Está sin bonete y sin delantal de cocinero.*)

MARTA. — ¿Ya está la sopa?

VICENTE. — (*Ofreciendo un plato.*) La más calentita para usted.

ARMANDO. — ¡A la mesa, señoras y señores!

MAGALI. — Falta ese señor de la calefacción.

BENITO. — ¿Ireneo? Les advierto, señoritas, que se trata de un virtuoso seminarista.

MARTA. — Me imagino que todos ustedes serán virtuosos.

BENITO. — Mientras estemos en la montaña, no habrá inconveniente.

MARTA. — (*Sentándose e invitando a que la imiten.*) Señores...

VICTOR. — Señoritas... (*Los muchachos instintivamente se acercan a él. El grupo mira a las muchachas.*) Señoritas, es imposible ocultarles la verdad por más tiempo.

MARTA. — ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

VICTOR. — Ocurre... que... no van a poder partir mañana.

VICTOR. — Ni pasado mañana. Ni en los días subsiguientes. El paso está cerrado. Un alud. Estamos todos presos. (*Magali queda sentada, inmóvil, los ojos bajos, trágica. Marta rechaza suavemente a María Paula.*)

SONIA. — (*Gritando de pronto.*) ¡No quiero! (*Solloza agudamente en pleno crisis de nervios.*)

BENITO. — (*A Sergio, el cual mira a Sonia con intensa atención.*) Bueno... viejo... (*Ireneo aparece en la puerta y mira la escena. Telón.*)

ACTO SEGUNDO

Arturo, Vicente, Benito, Magali, Victor, Marta, Zizi, Sonia, María Paula, Jorgelina y Sergio. Están todos sentados alrededor de la mesa menos Arturo y Jorgelina que están en una

mesita aparte. Han terminado de almorzar. La mesa está puesta apartadamente con vajilla del hotel. Los muchachos, afetados, y ellas con blusas elegantes que combinan con pantalones de montaña.

ARTURO. — ¿No hay cigarrillos para nosotros?

BENITO. — Los menores fuman los domingos solamente.

ARTURO. — Nos han puesto en un rincón para no ser trece en la mesa. Supongo que nos deben una compensación.

BENITO. — La compensación consiste en la compañía de Jorgelina. Si prefieres comer solo, te damos todos los cigarrillos que quieras. Puedes elegir.

ARTURO. — Elijo... no tener cigarrillos en toda mi vida.

IRENEO. — (*A Magali.*) ¿Cómo sigue el pie?

MAGALI. — Completamente curado, gracias. Puedo salir con ustedes esta tarde. ¿Adónde vamos, Víctor? El tiempo mejora.

VICENTE. — Sí, sí, Víctor. Hace una hora que hay sol.

VICTOR. — No iremos lejos. No hay bastante nieve para esquiar, pero todavía es demasiada para andar a pie. Vamos a tener quince días desagradables. Después va a ser maravilloso.

MARTA. — Adentro no nos han de faltar ocupaciones.

ZIZI. — ¿Más ocupación que tratar de conocernos recíprocamente?

SONIA. — Tratar de conocerte a ti no es muy difícil, Zizi. Eres diáfana.

ZIZI. — En cambio tú, Sonia, eres un enigma.

SERGIO. — (*A Sonia.*) Por más que a Sonia basta con mirarla a vuelo de pájaro.

VICTOR. — (*Aparte a Marta.*) ¿Qué tal? ¿Sus compañeras se encuentran bien en nuestra compañía?

MARTA. — Hace apenas ocho días que vivimos bajo el mismo techo.

VICTOR. — Cada vez tengo menos esperanzas de acortarles la estada. Ayer, que no nevó, hicimos con Sergio un escalamiento insensato para encontrar otro pasaje. Sergio bajó unos veinte metros. Por milagro no se rompió la cabeza. Podemos volver a intentarlo, pero...

MARTA. — ¿Supo que se produjo otro desmoronamiento?

VICTOR. — La montaña está podrida por este lado. Atención...

MARIA PAULA. — ¿Qué están complotando los jefes?

MAGALI. — Se está bien aquí. Completamente fuera del mundo.

ARMANDO. — Yo diría por encima del mundo.

MARIA PAULA. — Sin embargo, bien que nos alegramos el otro día cuando pasó el avión.

BENITO. — ¡Ese piloto idiota, que fué a tirar uno de los paquetes justo en la grieta del hielo!

ARTURO. — ¿Qué habría adentro?

MARTA. — El segundo paquete contenía cartas familiares, y eso era lo esencial.

BENITO. — Arturo hubiese preferido una caja de chocolate.

ARTURO. — (*Indignado.*) ¡Mentira!

JORGELINA. — Señor Benito, es torpe eso que usted dice.

VICENTE. — Pase por lo que se refiere a nuestras familias, pero confesemos que el resto de la humanidad empieza a sernos indiferente.

ARMANDO. — Trece buenos muchachos juntos, ya constituyen una pequeña humanidad.

SERGIO. — (*Bajo, a Sonia.*) ¿No le parece que para constituir una pequeña humanidad con dos buenos muchachos hay más que suficiente?

SONIA. — (*Idem.*) Haría falta que el otro "fuese completamente un buen muchacho".

BENITO. — Señores rusos, ¿cuándo van a terminar de decirse secretos?

SERGIO. — Ni Sonia ni yo hablamos en ruso.

ZIZI. — Víctor... ¿En qué idioma me está mirando ahora?

MARTA. — ¿Qué impertinente! Víctor te mira en correcto francés. (*Zumbido de un avión.*)

TODOS. — ¡El avión!... ¡El avión!... (*Corren a puertas y ventanas.*)

BENITO. — (*A Vicente.*) Vamos a verlo a la terraza.

VICTOR. — ¡Dejó caer algo! ¡Ah! ¡Es el paracaídas!

BENITO. — ¡Eh!... Piloto, baje... ¡No sea cobarde! (*Zumbido decrece.*) ¡El paracaídas baja haciendo esos como un boracho!

IRENEO. — ¡Viene hacia este lado! Ya no se lo ve... (Pausa, miran y vuelven.)

VICTOR. — Pasó por encima de nosotros. Debe de haber caído entre las rocas. ¡Allá! ¡Vamos, Sergio? (Han entrado todos, cerrando ventanas.)

MAGALI. — ¡Qué frío!

IRENEO. — (Cubriéndola.) ¿Por qué no se abrigó antes de salir?

VICENTE. — Para el piloto no debe ser muy cómodo llegar hasta este lugar.

MARTA. — Es muy simpático que se arriesgue por nosotros. (Llegan Víctor y Sergio trayendo una bolsa. Víctor la cuelga en la escalera, desata los cordones y extrae paquetes envueltos. Algarabía.)

VICTOR. — Tuvimos suerte. La encontramos a treinta metros detrás de la casa. (Todos corren hacia la bolsa.) Despacio. Despacio. Uno por uno. Este paquete es para mí.

ZIZI. — Este es mío. ¡Reconozco la letra de mamá!

BENITO. — (Deteniéndola.) Un momento. ¿Qué supone que le manda su mamá?

ZIZI. — No sé. Tal vez pensó que me quedé sin colorete.

MARTA. — ...Y sin rouge ¿no es cierto?

ZIZI. — Seguramente. (Saca del paquete ovillos y agujas. Enmudece y todos rien.)

VICTOR. — Arturo, tu paquete es el más pesado.

BENITO. — Se va a indigestar con tanto chocolate. Supongo que habrá algo para los amigos.

ARTURO. — Claro que sí. (Abre y saca toda clase de hortalizas. Cara de disgusto.) ¿Quién quiere esto?

VICTOR. — Queda confiscado. Dentro de quince días nos vamos a pelear por una zanahoria. (Arranca una y se la da a Benito. Este roe como un conejo. Víctor se pone a tocar la armónica. De pronto:) ¡Aquí hay un regalo colectivo! (Lo roean, abre el paquete.) "Envío de los lectores de Paris Soir a los robinsones de la montaña".

ARTURO. — ¿Qué? ¿Salimos en los diarios?

BENITO. — (Levantando a Arturo.) ¿Que me dices? Tan joven y ya famoso.

VICTOR. — (Enumerando los objetos.) Un manual para ju-

gar al bridge; donación de la librería Alcan. Una magnífica caja de acuarelas... donación de la casa Al Buen Negro.

BENITO. — ¡Que gracioso! ¿Nos ven pintado a la acuarela con 109 bajo cero?

VICTOR. — ...Una largavista, donación del observatorio de Mónaco.

ARMANDO. — ¡Buena idea! Así veremos los copos de nieve como si estuviéramos en la montaña.

VICTOR. — Una, dos, ... ¡Cinco latas de paté foie!

BENITO. — ... ¡Dos francos por todo y pierdo plata!

IRENEO. — Pensar que no podemos agradecer los envíos.

ARTURO. — ¡Si por lo menos hubiesen mandado cigarrillos!

VICTOR. — Hay algo más... (Saca una muñeca.) ¡Una muñeca!

ZIZI. — Seguro que es para Jorgelina.

JORGELINA. — (Furiosa.) ¡Déjame en paz!

MAGALI. — ¿Me la regalan?

VICTOR. — Muchachos... Aquí está lo más interesante. ¡Los diarios... Paris Soir... Paris Soir. Paris Soir...! Escuchen: "Terrible accidente en la cumbre de la montaña. Gigantescas avalanchas. Millones de metros cúbicos de roca".

ARMANDO. — Publican eso para tranquilizar a nuestras familias.

VICTOR. — (Otro diario.) Al día siguiente ya no figuramos muy arriba, pero seguimos en la primera plana: "La catástrofe de Cumbre Negra... Trece alpinistas sepultados bajo la avalancha".

BENITO. — ¡Caráspita!

VICTOR. — (Otro diario.) Tercer día. "La catástrofe de Cumbre Negra conmueve al mundo entero. Se dice que entre los desaparecidos se halla una niña de ocho años".

ZIZI. — ¡Jorgelina!

MAGALI. — Con razón mandan una muñeca.

VICTOR. — (Continuando.) "Mañana, un avión de Paris Soir volará sobre el lugar del desastre". (Otro diario.) Día siguiente...

BENITO. — ¡Por fin vamos a resucitar!

VICTOR. — Aquí está: (Lee.) "Paris Soir, siempre primero

en las primicias, se ha puesto en contacto con las interesantes víctimas de este cataclismo natural". Las interesantes víctimas somos nosotros. "Aparentemente gozan de buena salud".

BENITO. — Menos mal.

VICTOR. — "Hicieron señales a nuestro valiente aviador".

BENITO. — (Tomando el diario.) ¡Déjame ver! "Las muchachas sollozaban llamando a sus madres" ¿Verdad, Zizi? Hay cartas de los lectores. Uno se imagina que estamos al borde de la muerte. ¡Muchas gracias señor! ¡Muy amable! Una solterona inglesa pide que la dejen bajar en paracaidas para asegurar el mantenimiento de la moral entre nosotros ¿Se dan cuenta?

ARMANDO. — ¡No tienen la menor idea de lo que significa nuestra pequeña república!

IRENEO. — Vamos, vamos, no se hagan los tuerques. Si de la mañana a la noche surgiese un puente entre esto y aquello nos mataríamos para tratar de llegar lo antes posible.

VICTOR. — Perdón. Les aseguro que pasaríamos en orden perfecto.

SERGIO. — Claro que nos iríamos... Pero, ¿quién de nosotros se alejaría de aquí sin la sombra de una pena? (Todos se miran.) Ninguno, ¿verdad?

BENITO. — (A Arturo y Jorgelina.) ¿Por qué no contestan ustedes? ¿No estaban tan apurados por volver con papá y mamá?

ARTURO. — Ahora que saben que estamos bien... (Risas. Sergio mutis galería.)

VICTOR. — (Hacia la ventana.) Nubes sobre las crestas. Mañana tendremos nieve. (Pausa. Benito atraviesa la escena en primer plano, tocando suavemente la armónica.)

MAGALI. — (En la columna, a Ireneo.) Las montañas que nos rodean no son una prisión. La nieve no da frío, y el silencio no da miedo. Tengo la impresión de que podría ir derecho, caminando sola durante horas y horas, cada vez más alto, sin cansarme nunca, sin enfermarme nunca, sin perderme nunca.

IRENEO. — En todo caso no perdería su alma, simpática Magali.

MARTA. — (Acercándose sonriente a Magali.) Simpática

Magali tengo el disgusto de recordarle que hoy nos toca a las mujeres lavar la vajilla. Para que estés tranquila te permito que dejes tu alma en depósito a Ireneo.

BENITO. — No se fie de Ireneo. Es capaz de no devolverla.

IRENEO. — No hay que confiar en nadie un depósito tan sagrado. Ni aún a las personas más honradas.

MARTA. — Vamos, Jorgelina. (Todos se han puesto de pie. Las muchachas colocan la vajilla en una bandeja.)

VICTOR. — Los hombres... a quitar la nieve de la terraza. (Marta y Victor se aproximan a Jorgelina y Arturo, los cuales se han quedado sentados mirándose en silencio. Marta toma a Jorgelina de la mano y Victor a Arturo por los hombros. Los demás se miran y sonrien.) He dicho: ¡a quitar la nieve!

MARTA. — Y yo he dicho: ¡Las mujeres a la cocina! (Todos hacen mutis en tumulto, menos Sonia y Sergio.)

SONIA. — ¿Porque dijo antes que "naturalmente" estoy de novia?

SERGIO. — No es difícil que una muchacha como usted sea muy codiciosa. ¿Se trata de su primer amor, Sonia?

SONIA. — Sí.

SERGIO. — ¿Qué edad tiene?

SONIA. — Veinticuatro años.

SERGIO. — Es estúpido casarse a su edad.

SONIA. — Antes dijo que era natural. Ahora se contradice.

SERGIO. — Hay estupideces que se pueden hacer naturalmente. Usted cree que quiere a su prometido, ¿verdad? Y bien, yo le aseguro que no lo quiere.

SONIA. — ¡Vaya!

SERGIO. — Lo puedo leer en su cara como un libro abierto.

SONIA. — Tiene penetración psicológica, usted. Zizi dice que resulta más bien difícil conocerme a fondo.

SERGIO. — Difícil en la medida que usted misma no se conoce. Debe conocerse muy poco, créame.

SONIA. — A veces me doy cuenta.

SERGIO. — Ha llegado a tener miedo de sí misma, ¿no es cierto?

SONIA. — De vez en cuando.

SERGIO. — Su compromiso matrimonial no tiene nada que

ver con el amor. Es apenas una precaución contra lo desconocido.

SONIA. — Se equivoca.

SERGIO. — Claro está que se trata de una precaución inconsciente. Si estuviera segura de su porvenir, no se hubiera arrevido a tomarla. Sin embargo, algún día se va a arrepentir de haberse comprometido. Ese día será una catástrofe para usted, Sonia.

SONIA. — (*Levantándose.*) ¿Por qué se empeña en ser malvado?

SERGIO. — (*Idem.*) Tal vez soy malvado. Pero lo soy por su bien, en todo caso.

SONIA. — No se preocupe por mi bien o por mi mal. Si lo ruego.

SERGIO. — Le digo que va a ser una catástrofe. Es admisible que una muchacha como Zizi llegue a decir: "Ya veré lo que hago". No le cuesta decirlo porque eso está dentro de su línea de conducta. Ella en ningún momento arriesga lo que arriesga usted.

SONIA. — ¿Yo? ¿Qué arriesgo, yo?

SERGIO. — Usted va a sufrir horriblemente, Sonia, ¡usted que es apasionada, tan apasionada como es posible serlo! Todo lo que a usted le ocurra será dramático, lo presiento.

SONIA. — ¿Eso es lo que se lee en mi cara?

SERGIO. — Supongo que alguna vez se habrá mirado en el espejo.

SONIA. — ¿Adónde quiere llegar? ¿A que rompa mi compromiso? ¿Por qué se mete en estas cosas? Conseguir eso le costaría mucho trabajo, y no le reportaría ningún beneficio.

SERGIO. — No es culpa mía si vivimos en la mayor intimidad. Todavía tenemos por delante siete meses de vida en común. En nuestras condiciones, eso se hace tan largo como toda una existencia. Dentro de un mes, dentro de dos meses, todos los corazones de esta casa se habrán puesto al desnudo. Me arriesgo a tomar la delantera porque soy menos tímido que los demás, y además porque estoy hecho para una vida intensa y precipitada. Como usted, igual que usted Sonia.

SONIA. — ¿De modo que usted y yo hemos nacido para entendernos? ¿Ya lo tiene resuelto?

SERGIO. — Me reprocha que trate de hacerle romper el compromiso. No tengo por qué cometer esa indiscreción, ni por qué darme ese trabajo. Su compromiso está roto desde hace rato, y se dió cuenta de eso cuando vió el abismo que se había interpuesto entre usted misma y su vaga construcción matrimonial. Toda esa construcción se vino abajo hace rato.

SONIA. — ¡Lo detesto! Si alguna vez llego a tener conciencia de que el hombre que me gusta no ha de ser el último de mi vida, le juro que no podría amarlo. Me causaría horror. ¿Comprende?

SERGIO. — (*Acercándose.*) Yo le causo horror. Quiere decir que le gusto. (*Quiere besarla bruscamente. Ella se debate.*)

SONIA. — (*Rechaza violentamente.*) ¡Déjeme! ¡Le digo que me deje! ¡No se da cuenta, pero tal vez acaba de hacerme desgraciada para la vidal (*Sonia se sienta sollozando.*)

SERGIO. — (*Suave.*) No, Sonia, no. Le hice comprender que usted no está hecha para una felicidad sencilla. Es el mejor servicio que pude prestarle. No necesito otra recompensa sino la emoción que la embarga en este momento. Verla llorar a usted, es la cosa más extraordinaria que puede sucederme a mí.

SONIA. — ¿Y eso le divierte?

SERGIO. — No soy tan demoníaco como parece. Estoy enamorado de usted y como es natural, me produce una alegría profunda sentir la vida que la envuelve y la levanta. ¡Su boca tiembla, Sonia! ¡Es el soplo del amor que pasa! ¿Qué importancia tiene que no sepamos adonde va? ¡El que lo recoja al pasar, la tiene a usted entera! (*La besa.*)

SONIA. — (*Se desliga enseguida.*) Un desfallecimiento. Lo único que ha conseguido de mí.

SERGIO. — Sí, pero en un desfallecimiento suyo, Sonia hay más felicidad que en la entrega completa de cualquier otra mujer. (*Sonia va a la ventana. Sergio la mira inmóvil, hasta que llega Benito.*)

BENITO. — (*Entra. Los ve.*) ¿Qué pasa? ¿Hay discordia en el soviét? (*Sergio sale. Sonia busca una peineta caída en la lucha. Benito la ha recogido, la deja buscar y luego la devuelve burlón.*) Sonia...

SONIA. — (*Sin volverse.*) ¿Qué?

BENITO. — ¿No me da alguna esperanza, Sonia?

SONIA. — *(Volviéndose.)* ¡Cállese, por favor!

BENITO. — Por más que tendría que hacer cola, después de Sergio, de Víctor y de Armando. ¡Sobre todo del muy distinguido Armando!

SONIA. — ¿Quiere callarse, por favor? /

BENITO. — Si ahora la molesto, sin duda es porque uno de esos señores no se ha portado como conviene a este recinto de todas las virtudes. De mi no tiene nada que temer, ya que soy un individuo con el cual se puede jugar un rato. En cambio, Sergio, es un tipo seductor. Pero no muy alegre. Y Armando tampoco es alegre. En fin, cuando necesite un poco de recreo, hágame una seña.

SONIA. — Usted es muy divertido, Benito.

BENITO. — Usted sí, que es excesivamente simpática. Quiero decir: simpática hasta la exageración. El alma se le pasea desnuda en la cara, y eso le puede traer bastantes fastidios en la vida.

SONIA. — No se meta en lo que no le importa.

BENITO. — ¡Qué cosa rara! Usted es una persona delicada y sensible, y sin embargo todo el mundo siente la necesidad de inmiscuirse en sus asuntos particulares. Usted es una violeta provocativa, Sonia. Por más que se esconda entre las hojas, su perfume la traiciona siempre.

SONIA. — Busque otras metáforas, Benito. Las violetas están pasadas de moda.

BENITO. — Zizi, por ejemplo, es un tulipán que se eleva lo más que puede sobre su tallo. Resulta bastante divertido ver a Víctor, nuestro gran jefe tan austero, montar guardia alrededor del tulipán. Sin embargo debería saber que es inútil. El tulipán es flor que no se puede llevar en el ojal. Al tulipán, con seguridad, le gustaría más ser arrancado por Víctor, que lo pondría en un búcaro de oro.

SONIA. — ¡Cállese! *(Sonríe.)*

BENITO. — *(Acercándose.)* ¿Sabe lo que hay en su desventurado caso? Hay... ¡Hay que usted tiene una boca imposible! *(Le roba un beso. Ella, desconcertada primero, le da una bofetada y hace mutis cruzándose con Marta, que lo ha visto todo.)* Acabo de recibir un testimonio de particular estimación. ✕

MARTA. — Sería mejor que buscara otra clase de testimonio. Benito.

BENITO. — No es culpa mía si gusto tanto a las mujeres.

MARTA. — Es necesario que entre nosotros reine la más franca camaradería, ¿comprende?

BENITO. — Pero si Sonia acaba de tratarme como un camarada precisamente. Marta, usted sabe que si hay algo turbio en el ambiente, no lo traje yo. Yo soy el bufón de la corte, nada más. Cuídese de lo que los señores poderosos se dicen en los rincones.

MARTA. — ¿Sabe que es un tipo raro, usted?

BENITO. — Trato de divertirme.

MARTA. — Se divierte ahora porque no cree que pueda llegar a ser feliz en lo futuro.

BENITO. — Usted tiene alma de directora de conciencias. Pero yo no sirvo para ser dirigido. ¿Me explico?

MARTA. — Si quiere, en mí también puede tener una amiga.

BENITO. — Ahí tiene, esos ofrecimientos no se rechazan. *(Le estrecha la mano. Entra Zizi corriendo, seguida por Víctor. Lleva el gorro de aquél. El trata de quitárselo.)*

VICTOR. — Le ruego que me lo devuelva, Zizi.

ZIZI. — ¡No!

VICTOR. — Deme ese gorro, Zizi.

ZIZI. — *(Debatiéndose.)* ¡No y no! No me gusta verlo con eso en la cabeza. Tiene una frente muy linda, y esto se la echa a perder. Me gusta verle la frente.

VICTOR. — Toda la respetabilidad de un jefe consiste en el sombrero que usa. Esta insolente no respeta nada.

MARTA. — ¡Basta Zizi! ¡Devuelve el gorro a Víctor! No hagas chiquilladas. ¡Basta!, he dicho! *(Zizi devuelve el gorro.)*

VICTOR. — Marta, ¿cómo quiere que no haga chiquilladas una... chiquilla?

MARTA. — Sí, una chiquilla empeñada en ser persona mayor.

ZIZI. — *(Sentándose.)* Voy a descansar un rato.

MARTA. — ¿Ya terminaron de limpiar la terraza?

VICTOR. — Casi.

BENITO. — Yo respeto el descanso del jefe, y me voy hacer cargo de su pala. *(Sale.)*

VICTOR. — Zizi es una mujer detestable. No hace más que darle trabajo a la pobre Marta.

MARTA. — *(Picada.)* Yo no soy su gobernanta. Además, sabe que un jefe puede tener mucha autoridad durante la acción, pero casi ninguna en los momentos de descanso.

VICTOR. — La pura verdad.

MARTA. — ¿Se dió cuenta de que Arturo y Jorgelina están poniendo inaguantables? ¿Qué Vicente hace huelga de brazos caídos; que Magalí se pasa los días encerrada y llorando? ¿Qué Armando mismo está imposible con sus nervios?

VICTOR. — Yo creo que la alimentación a base de conservas nos ataca a todos el sistema nervioso. *(Pausa, y Marta mutis.)*

ZIZI. — No parece muy contenta. Esperaba que la invitara a sentarse con nosotros.

VICTOR. — La verdad, no se me ocurrió.

ZIZI. — Me parece que usted no le resulta indiferente.

VICTOR. — No diga tonterías.

ZIZI. — Es natural. Usted es el jefe.

VICTOR. — Los sentimientos no respetan las jerarquías.

ZIZI. — ¿De veras? Entonces... le permito que se ponga el gorro.

VICTOR. — ¿Ahora sí? *(Se lo encasqueta a la fuerza.)*

ZIZI. — Así está bien. Ahora parece un caballero de la Edad Media. No se le ven más que los ojos, Víctor. Tiene ojos de caballero medieval.

VICTOR. — Quién sabe como eran los ojos de los caballeros medievales.

ZIZI. — Al mismo tiempo estaban llenos de fuego y de inocencia.

VICTOR. — ¿Se puede medir la inocencia en los ojos de un hombre?

ZIZI. — Bah, eso lo saben todas las mujeres.

VICTOR. — Usted no es una mujer.

ZIZI. — ¿Qué no soy una mujer? ¿A ver? ¡Repita que no soy una mujer!

VICTOR. — Si fuese una mujer no le dejaría hacer todo lo que me hace. A usted se lo tolero porque es una niña.

ZIZI. — ¿De modo que soy una niña? *(Despeinándolo.)* Las niñas se divierten así.

VICTOR. — *(Alisándose el cabello.)* Oigame, Zizita...

ZIZI. — ¡Suerte que no usa fijador! ¡Cuando me da por despeinar a Vicente se me engrasan las manos.

VICTOR. — ¡Ah! ¿Usted se dedica a despeinar, a todo el mundo?

ZIZI. — Me gustaría despeinarlo a Ireneo, pero no me atrevo.

VICTOR. — ¿Y conmigo sí, se atreve?

ZIZI. — ¡Claro! Además supongo que no tiene nada de humillante para usted.

VICTOR. — ¡Ya lo creo! ¡Me siento muy honrado!

ZIZI. — Usted me gusta mucho, Víctor...

VICTOR. — Pero Vicente le gusta más que yo.

ZIZI. — No sé. ¿Acaso le importa?

VICTOR. — ¡Oh, no; naturalmente!...

ZIZI. — No es muy agradable lo que está diciendo.

VICTOR. — ¿Quiere que le diga que me apena?

ZIZI. — ¿Por qué no?

VICTOR. — Usted es una coqueta y nada más.

ZIZI. — *(Furiosa.)* Le prohíbo que me diga eso. No sabe lo que yo siento.

VICTOR. — *(Detrás de ella, calmándola.)* No quise decir tanto. A usted le gusta mucho Vicente. Se ve, y además es natural. El muchacho es muy simpático, alegre como usted; despreocupado como usted, apenas mayor que usted. En París, Vicente puede ser para usted una relación mucho más útil que la mía.

ZIZI. — ¿Quiere decir que flirteo con él sólo porque es rico?

VICTOR. — *(Rápido.)* No, no piense eso. Pero, ¿quién habla de flirtear?

ZIZI. — Además, con Vicente no se puede hacer otra cosa.

VICTOR. — ¿Y conmigo?

ZIZI. — Con usted... *(Mirándole los ojos.)* Con usted no se puede hacer más que alpinismo. *(Mutis. Víctor queda inmóvil, toma su gorro y lo arroja hacia el costado. Se oye un*

ruido muy grande, parecido a un estruendo prolongado. Víctor escucha inquieto. En seguida entra Irene.)

IRENEO. — ¿Estás oyendo?

VICTOR. — Sí. Se acerca. Cada vez más cerca de la casa.

IRENEO. — Sentí como temblaba el suelo. (Mira a Armando, que acaba de entrar.)

ARMANDO. — Yo también.

MARTA. — (Entra en este momento.) ¡Victor! ¡Victor!

VICTOR. — Fué una avalancha en el ventisquero. Si no nevase la hubieran visto. Pero no hay que inquietarse.

MARIA PAULA. — (Que acaba de llegar con Marta.) La casa tembló un poco.

ZIZI. — (Entrando.) ¿Qué fué ese ruido?

MARTA. — Nada, mujeres, nada.

ARMANDO. — (Buscando diversión.) Víctor tiene razón. Hay que acostumbrarse a los ruidos de la montaña tanto como al frío y a la nieve.

ZIZI. — ¿Si jugásemos a algo?

MARTA. — Aprobado. (Zizi y Jorgelina van al fondo y juegan al arco.)

ARMANDO. — Esto de quitar la nieve me gusta inmensamente.

VICTOR. — Porque no es tu oficio.

ARMANDO. — Perdón. En una sociedad bien organizada todos los hombres van a tener participación en los oficios manuales. El general Eisenhower barrerá el patio de la escuela militar, Jean Paul Sartre se pasará una hora diaria perforando boletos en el subte. Eso puede contribuir a favorecer los trabajos del espíritu.

ZIZI. — (Refiriéndose al juego.) Uno a cero.

JORGELINA. — Pero Zizi, ¿cómo quieres que haga si lo tiras lejos?

ARMANDO. — ¿Dónde se habrá metido Sergio?

MARTA. — Acabo de verlo arriba, hablando con Sonia.

ARMANDO. — Voy a buscarlo, es la hora de nuestras controversias.

IRENEO. — Déjalo en paz. Armando.

ARMANDO. — Si la autoridad eclesiástica permite los aparques solitarios...

MARIA PAULA. — No sabía que fuese tan riguroso, Armando.

IRENEO. — (Sonriendo.) Propongo que intervenga el dictador.

VICTOR. — Ayer sostenías que la libertad es la base de la sociedad, Armando. Ahora te contradices.

ARMANDO. — Tienes razón.

ZIZI. — ¡Otro tanto, Jorgelina!

JORGELINA. — ¡Vuelta a lo mismo! (Sonia baja.)

MARTA. — Habíamos quedado en que el problema consiste en conciliar la disciplina con la libertad. (Entra Benito, con señales de estar muy cansado.)

VICTOR. — Lo que los pueblos necesitan antes que nada, es una autoridad fuerte.

BENITO. — (Desperzándose.) Lo que necesitan es que los dejen dormir en paz.

MARIA PAULA. — (A Sonia.) ¿Jugamos un partido, querida? (Juegan a las damas.)

VICTOR. — Cuando un hombre no obedece a un jefe, obedece a sus pasiones o a sus vicios.

ARMANDO. — No, lo único que dignifica al hombre es la lucha con su propia conciencia.

BENITO. — Como si ya no fuera bastante triste tener que luchar contra la cocinera o los acreedores.

VICTOR. — El hombre no cuenta para nada, no existe. Lo único que existe es la patria.

ARMANDO. — La patria, sí. Pero tú pretendes convertir al pueblo moderno en una tribu indígena. Eso significa volver a la barbarie.

VICTOR. — ¿Eres capaz de llamar barbarie a la entrega completa de sí mismo a un ideal?

IRENEO. — El sacrificio es algo sublime, Víctor, con la condición de que también sea sublime el objeto de nuestro sacrificio. No estamos seguros de que la patria sea Dios.

VICTOR. — La patria es la imagen de Dios sobre una parte de la tierra.

BENITO. — Lo cual quiere decir que hay muchas imágenes de Dios que no se parecen entre sí. ¡Lindo resultado!

ARMANDO. — La ideología nacionalista es una locura que fatalmente lleva a la guerra.

VICTOR. — ¿Y tu pacifismo? ¿Qué es tu pacifismo? Una cobardía que nos deja a merced del enemigo.

MARIA PAULA. — (A Zizi.) ¿Terminaron de jugar, ustedes?

ZIZI. — Esta chica es una inútil.

JORGELINA. — Es que ella hace trampas a cada rato.

ARMANDO. — Querido Víctor: algún día nos vamos a encontrar frente a frente en alguna barricada.

VICTOR. — ¿Por qué? ¿Acaso no hemos nacido los dos en el mismo suelo?

MARIA PAULA. — (A Sonia.) ¡Dama! Seguro que no estás pensando en el juego.

SONIA. — No mucho.

ARMANDO. — Hemos nacido en el mismo suelo, es verdad, pero eso no impide que algún día nos encontremos frente a frente. La lucha no va a ser entre naciones, sino entre hombre y hombre. De un lado estarán los privilegiados de la fortuna, los partidarios del poder. Del otro, los hijos de la miseria y partidarios de la justicia. La lucha va a ser terrible, y caerá el que deba caer. No habrá ninguna fuerza en el mundo que impida la victoria de la razón y la justicia.

VICTOR. — Basta, no tengo interés en seguir esta discusión. (Mutis izquierda.)

BENITO. — (Parándose.) Qué lástima ¿no? Se estaba poniendo interesante.

IRENEO. — (Toma a Armando de un brazo.) Vamos a tomar un poco de aire.

ZIZI. — (Arrastrando a Sonia.) Vamos nosotras también.

SONIA. — Bueno, bueno... (Mutis las dos. Jorgelina va al fondo y penetra en la bodega. Marta mutis cocina.)

ARMANDO. — No entiendo a este Víctor.

IRENEO. — Lo que no entiendes son sus ideas, pero eso no es motivo para...

BENITO. — ¡Las ideas de Víctor! ¡Los sentimientos de Víctor!

VICTOR. — (Volviendo por derecha.) Te ruego que me disculpes.

ARMANDO. — Yo tampoco estuve muy cortés que digamos.

BENITO. — ¡Qué grandeza de alma! Me conmueven hasta las lágrimas.

IRENEO. — Amigos, la perfección no es de este mundo. Vamos a tener que elegir entre dos sistemas, cada cual con sus defectos.

BENITO. — ¿Dos sistemas? ¿Por qué solamente dos? Hay más sistemas, cada cual más perfecto que el otro, pero...

IRENEO. — No tantos, Benito. Democracia, fascismo y comunismo.

BENITO. — Juro que yo soy un antiguo demócrata.

VICTOR. — Debería haber una fórmula para llegar a entenderse.

BENITO. — Ni se te ocurra. Si la humanidad no se devora a sí misma ¿de qué quieres que se alimente?

VICTOR. — Armando y yo coincidimos en que la sociedad tiene que ser reformada, y eso ya es bastante.

BENITO. — Pero para mejorar a la sociedad hace falta poner todo patas arriba.

ARMANDO. — El mal es muy grande, por eso se necesitan remedios enérgicos.

BENITO. — Me horrorizáis caballeros. Soy hombre cómodo. La camisa de fuerza no está hecha para mi medida.

ARMANDO. — Yo también pienso que la sociedad está hecha para el hombre, y no el hombre para la sociedad. Sólo que, para que los pobres dejen de sufrir en beneficio de los ricos, hace falta que el hombre tenga el coraje de cambiarlo todo para nuestro bien.

VICTOR. — Yo también creo que ese cambio es imposible sin un grupo de hombres capaces de imponer a todos un principio de honestidad y disciplina. Una nación tiene que ser fuerte sin ser agresiva.

ARMANDO. — Y libre sin ser débil.

IRENEO. — Y cada hombre debe pensar en la humanidad, sin dejar por ello de pensar en su propio país.

VICTOR. — Esos son los problemas que nuestra generación está destinada a resolver.

ARMANDO. — Pondremos en ello nuestro corazón y nuestra inteligencia, Víctor; aún desde tu lado. Comprendo que estás buscando un remedio contra la corrupción y la molición.

VICTOR. — Y si tú te vas al otro extremo, sé muy bien que es para remediar las desigualdades y las miserias que ya no estamos dispuestos a soportar.

BENITO. — Tienes razón. Pero... ¡cuidado con los terceros en discordial

VICTOR. — Sí. los indiferentes. Pero en uno u otro campo vamos a ser despiadados con esos terceros.

IRENEO. — Si nos acostumbrásemos a mirár un poco más arriba, pensaríamos (*A Victor*) que el poder es cosa muy frágil (*A Armando*), y que la justicia vale siempre menos que la caridad.

BENITO. — ¡Bien por Ireneo! La humanidad ya no va a ser un inmenso rebaño de corderos acorazados y motorizados con máscaras antiguas en el hocico.

ARMANDO. — Está demostrado que si los pueblos se odian es por desconfianza.

VICTOR. — ... y que si pelean es por miedo.

BENITO. — Si consiguen hacerse entender por esa colección de mainarrachos, se van a convertir en dioses.

VICTOR. — Bueno... Entretanto vamos por nuestras mujeres.

IRENEO. — Me parece que están en la pista de los trineos. (*Salen. Se los oye gritar: ¡Eh! ¡Eh! Las mujeres contestan desde lejos. Un instante. Luego Marta entra por izquierda.*)

MARTA. — María Paula.

MARIA PAULA. — (*Aparece en la galería.*) Aquí estoy.

MARTA. — Están todos afuera. ¿Vamos a buscarlos?

MARIA PAULA. — Víctor estuvo un poco violento hace un rato.

MARTA. — Dí mejor que Armando estuvo chocante.

MARIA PAULA. — Para mí, lo chocante fueron las declaraciones de Víctor.

MARTA. — La posición de Armando es absurda.

MARIA PAULA. — No es fácil asegurar una cosa así. Los hombres de su especie suelen ser delicados.

MARTA. — Sí, y los hombres como Víctor suelen convertirse en héroes.

MARIA PAULA. — Prefiero a los mártires.

MARTA. — Haces mal en enternecerte, querida Paula. Tu querido Armando no tiene ojos más que para Sonia, la seductora.

MARIA PAULA. — Igual que tu querido Víctor, para Zizi, la encantadora.

MARTA. — Pero ¿qué nos pasa a nosotras? ¿Qué pasa aquí?

MARIA PAULA. — Por lo menos no discutimos entre nosotras. (*La besa.*)

MARTA. — Nuestro destino no es la felicidad.

MARIA PAULA. — No es justo, pero sabremos resignarnos.

MARTA. — ¿Acaso son más felices las mujeres a quienes los hombres quieren con locura? (*Entran Sonia y Zizi.*) ¿Qué han hecho de sus acompañantes?

ZIZI. — Para poder hablar de ellos con comodidad, hay que dejarlos de tiempo en tiempo. Es divertido.

SONIA. — Tal vez más divertido que estar con ellos.

MARIA PAULA. — No se diviertan demasiado, por favor.

MARTA. — Querida Sonia, Sergio me parece un muchacho peligroso-

MARIA PAULA. — Es encantador.

ZIZI. — María Paula, no querrás que Sonia pierda la cabeza ¿no? A ti te convendría, ya que Armando quedaría en libertad para mirar hacia otro lado.

MARIA PAULA. — (*Violentemente.*) ¡Zizi!

MARTA. — Vamos, Paula. Supongo que no vas a tomar en serio a esta criatura.

MARIA PAULA. — (*Con lágrimas.*) No quiero que se me considere una calculadora de esa calaña.

ZIZI. — Marta tiene razón, María Paula. No soy una persona seria. Sonia tampoco. Y cuando los hombres se fijan en nosotras, lo hacen solamente para reírse un rato. ¿Verdad, Marta?

MARTA. — Ríe mejor el que ríe último. (*Ve que Sonia está llorando.*) ¿Qué te pasa?

SONIA. — No hay ningún motivo de risa en todo esto. Tengo miedo.

MARTA. — Vamos, vamos. Tú también deberías tomar un poco de aire.

SONIA. — Ahora la montaña me parece siniestra.

MARIA PAULA. — Los seis meses que faltan van a ser intolerables.

MAGALI. — (*Entrando.*) Víctor propone que hagamos un paseo.

MARTA. — ¿Tú no vienes?

MAGALI. — No. Estoy cansada. (*Sesienta en un sillón junto a*

la ventana.) Vayan, vayan ustedes. Yo tengo mi bordado. (*Mutis Sonia y Zizi.*)

MARTA. — Hasta luego.

MAGALI. — Que se diviertan. (*Marta mutis.*)

MARIA PAULA. — (*Besando a Magali.*) Tienes mala cara.

MAGALI. — No me siento muy bien.

MARIA PAULA. — ¿Quieres que me quede contigo?

MAGALI. — Oh, no querida. No me disgusta estar sola. (*Mutis Marin Paula. Magali borda distraída, mirando hacia la ventana. Entra Ireneo. Su cara se ilumina al verlo.*) ¿No se fué con ellos? ¿Por qué?

IRENEO. — La veo tan triste desde hace unos días. Vine para hacerle compañía.

MAGALI. — Se lo agradezco, Ireneo.

IRENEO. — (*Sonriendo.*) Mi oficio es visitar a las almas que sufren.

MAGALI. — ¿Lo hace sólo por oficio?

IRENEO. — A veces uno ejerce su profesión con espontaneidad y con alegría.

MAGALI. — Sin embargo, todavía no es su profesión. Todavía no es sacerdote.

IRENEO. — Ya estoy ordenado en espíritu.

MAGALI. — Pero con mucha discreción. Usted es un gran camarada para ese hato de locos.

IRENEO. — Usted también resulta una camarada notable, Magali.

MAGALI. — Estoy sola en el mundo. Tengo poca salud y no mucho entusiasmo por lo que llaman las alegrías de la vida.

IRENEO. — Sólo me da razones negativas, Magali. No son suficientes para basar en ellas una verdadera vocación. (*Se sienta cerca de ella.*) Además, una mujer capaz de andar lo que usted ha andado para llegar hasta aquí, no tiene tan poca salud que digamos. Por otra parte tiene demasiado encanto para no encontrar un hombre que la quiera de verdad. Llegado el momento no va a tener inconvenientes en encontrar gusto en las alegrías de la vida.

MAGALI. — ¿Usted me dice eso? ¿Usted, precisamente, que ha sido capaz de renunciar a todo?

IRENEO. — Reuncié a todo porque estaba seguro de que podía tomar parte en la felicidad del mundo si llegaba a antojarseme. Tengo todo a mi alcance, si quiero. Pero no quiero.

MAGALI. — A mí, la vida no me ha dado más que motivos de tristeza.

IRENEO. — ¿Alguna decepción amorosa?

MAGALI. — Creía que sí. Pero sólo fué una serie de ilusiones.

IRENEO. — Puede volver a empezar...

MAGALI. — Soy horriblemente difícil.

IRENEO. — Usted es extremadamente sensible. Magali. Puede ser amada apasionadamente por un hombre lo bastante delicado como para comprenderla.

MAGALI. — No digo que el amor me da miedo, porque es una vulgaridad. Sin embargo, es verdad: me da miedo. Tal vez parezca que lo deseo, que lo busco, pero ya no soy una muchachita tonta. Pienso. Tengo y he tenido tiempo de pensar. Conoci toda clase de gente, todo me ha interesado siempre, y siento, siento que nada ni nadie es capaz de contentarme. Dirá que soy orgullosa. Creo que no.

IRENEO. — Hay seres que sólo desean lo imposible. Cuesta creerlo, pero siendo así, Magali, lo meritorio consiste en aceptar lo imperfecto.

MAGALI. — Yo no me resigné nunca a aceptar lo imperfecto.

IRENEO. — Perdón, pero yo no soy de aquellos que sólo desean lo imposible. Yo quiero el alma de mis semejantes, me intereso en sus penas, grandes o pequeñas, siento la necesidad imperiosa de serles útil. Estando yo mismo desligado de los bienes materiales, he querido ser algo así como el símbolo de ese desligamiento. Creí que para mí, convertirme en símbolo, sería más fácil que para los demás. Eso es todo.

MAGALI. — El amor no es un bien material, Ireneo. Y usted ha renunciado al amor.

IRENEO. — Magali, estoy lleno de amor por mis pobres semejantes. A usted la amo, Magali. Espero que no lo olvide cuando estemos de vuelta entre los hombres.

MAGALI. — Nunca voy a olvidar lo que hemos hablado. (*Pausa.*) Ireneo: usted me quiere igual que a los demás ¿no

es cierto? ¿No le parece que es un poco triste eso? Uno toma a los seres sin tomarlos por entero. Por lo general nos damos sin recibir jamás lo que habíamos esperado. (*Le toma la mano. Se miran, se turban y se desligan.*) ¡Cuánta cosa turbia hay entre todos estos amigos nuestros que buscan el amor!

IRENEO. — (*Levantándose con alegría un poco forzada.*) Sin embargo, entré ellos no hay uno solo que sea malo de verdad. Si ponemos las frutas más hermosas del mundo en un cofre cerrado, sin duda terminarían por fermentar. Es imposible que los seres se unan verdaderamente sino más allá de la vida. Aquí, en la tierra, entre ser y ser, tiene que haber fatalmente un poco de distancia, pero... (*Entra Víctor.*)

VICTOR. — La nieve está blanda. No se puede andar. (*Mutis Magali. Víctor se instala y enciende su pipa.*) Qué mucha cha encantadora, ¿verdad?

IRENEO. — Sí.

VICTOR. — Es una pena.

IRENEO. — ¿Qué cosa?

VICTOR. — Que quieras hacerte cura. Ustedes dos harían una buena pareja.

IRENEO. — Me parece que en la vida tengo algo más importante que hacer antes que convertirme en la buena pareja de una mujer encantadora.

VICTOR. — Eso es cosa tuya, lo importante es que un individuo se realice completamente siguiendo con fidelidad su propio temperamento.

IRENEO. — No, lo esencial es trabajar, suprimir el sufrimiento de los demás.

VICTOR. — Tal vez el peor mal sea la debilidad.

IRENEO. — No, hay algo peor: el egoísmo.

VICTOR. — ¿No hay un poco de egoísmo en apartar deliberadamente de la propia vida a una mujer?

IRENEO. — (*Se sienta.*) ¿Y no es egoísmo aferrarse a una mujer para tener conciencia de que se es hombre?

VICTOR. — La verdad: vas a ser un confesor extraordinario. Pero ¿por qué no admites que eres sensible a la mujer más de lo que quisieras?

IRENEO. — Cada cual tiene su enemigo interior.

VICTOR. — El mío es el orgullo y el tuyo la ternura. Francamente, no sé cual de los dos es el más peligroso.

IRENEO. — Atención jefe: después de pasar quince días en común, empieza a flaquear la moral de la pandilla.

VICTOR. — La moral es cuenta tuya, sacerdote.

IRENEO. — No. Un verdadero jefe es responsable de todo, predica con el ejemplo.

VICTOR. — ¡Bah, todo por un flirt sin importancia!

IRENEO. — En el lugar en que estamos, y dadas las condiciones en que nos encontramos, no se puede admitir sentimentalismos a flor de piel.

VICTOR. — Tal vez tengas razón. (*Fuman en silencio. Se oye llamar a la puerta de la bodega. Abre Ireneo y aparece Jorgelina completamente tiznada.*)

IRENEO. — ¡Jorgelina! ¿Qué te pasó?

JORGELINA. — Me escondí en la bodega.

IRENEO. — Pero ¿por qué? (*Jorgelina con contesta.*) ¿Estabas cansada? (*Jorgelina no habla.*) ¿Tenías miedo de algo?

JORGELINA. — Sí.

IRENEO. — ¿De qué?

JORGELINA. — De Arturo.

VICTOR. — (*Riendo.*) ¡Hola!

IRENEO. — (*Haciéndolo callar.*) ¿Qué te hizo?

JORGELINA. — Nos peleamos.

IRENEO. — ¿Por qué? (*Jorgelina no contesta.*) Vamos, habla.

JORGELINA. — Quiso... besarme.

VICTOR. — ¿Y con eso?

JORGELINA. — Tenía una cara extraña. Los ojos grandes. Temblaba... Me pidió... Pero yo no quise. Entonces...

IRENEO. — Entonces... ¿qué?

JORGELINA. — Me pegó. (*Llorando.*) ¡Lo odio!

IRENEO. — Vamos... ¡Vamos! (*La consuela. Mira a Víctor y dice.*) Un flirt sin importancia... (*Telón.*)

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La escena parece adornada como para festejar la llegada del año nuevo. En alguna parte, muy visible, un banderín con

Las fechas 1938/1939. Todos rodean a Benito, el cual realiza pruebas acrobáticas. Todos comentan. "Bien ¡Bravo! Viva el acróbata". Benito termina sus pruebas y hace el saludo de práctica. Aplausos.

BENITO. — Dedico estos frenéticos aplausos al extraordinario acróbata que maté hace diez años.

JORGELINA. — ¿Cómo? ¿Dice que mató a un acróbata?

BENITO. — Sí, al acróbata que había en mí. Lo maté para que naciera un mal estudiante.

TODOS. — ¡Viva!

ARMANDO. — Yo puedo hacer suertes de prestigitación. *(Todos: "¡Bien! ¡A ver! ¡Vamos!"*. Armando sube al estrado entre vivas y comentarios. Al finalizar, aplausos.) Señores, dedico estos frenéticos aplausos a... a... ¿A quién los dedico?

BENITO. — ¡A mí! ¡A mí!

ARMANDO. — ¡No! ¡no! ¡A la república de los enamorados! *(Aplausos, vivas.)*

ZIZI. — Yo también quiero hacer algo. Puedo bailar...

VICTOR. — *(Apretándole los brazos.)* No, quiero que bailen para mí solo.

MARTA. — *(Imponiéndose.)* ¡Victor! Haga el favor de contenerse. *(Victor se vuelve para mirarla, pero no contesta.)*

MARIA PAULA. — *(Acercándose a Marta por lo bajo.)* ¡Pero, Marta!

ZIZI. — *(Con los brazos en el cuello de Vicente.)* Vamos, mi amor, mi dios, mi bien amado...

VICENTE. — *(Desligándose y tomándola bruscamente por los hombros.)* ¡Yo le voy a dar burlarse de mí!

ZIZI. — ¡Me hace daño!

VICTOR. — *(Volviéndose.)* ¡Vicente!

VICENTE. — ¿Qué?

BENITO. — ¿Qué tiene? Es su "partenaire".

ZIZI. — Mentira. Ya no soy nada suyo. *(Vicente, mutis offic.)*

MARIA PAULA. — *(A Marta.)* Sergio está mirando como un loco a Sonia y a Armando.

VICTOR. — *(Mira el reloj y golpea las manos.)* Muchachos, dentro de unos minutos va sonar la media noche. Vamos a pasar de un año a otro en circunstancias excepcionales. Se trata de un instante solemne.

TODOS. — ¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Una sorpresa? *(Vicente entra trayendo una bandeja rodante cargada de vituallas, botellas, etc. Gritos, todos se abalanzan hacia él.)*

JORGELINA. — ¡Champagne!

ZIZI. — ¡Oh! ¡Y qué linda torta!

VICENTE. — No hay pavos trufados. Sabrán disimular. *(Ubica la bandeja en primer plano derecha. Sonia toma un sandwich. Ruido.)*

VICTOR. — Por favor, todavía no son las doce.

MARTA. — ¿Qué hora es?

VICTOR. — Falta un minuto.

BENITO. — *(Indicando a Jorgelina, que llora.)* Vamos, no esté triste querida.

JORGELINA. — Pienso en mi casa.

VICTOR. — *(Reloj en mano, hace una seña a Armando que ha subido a una silla y empuña el gong.)* ¡Yal *(Armando da doce golpes.)*

VICENTE. — El treinta y siete ha muerto! Viva el treinta y ocho! *(Todos se reúnen en el centro de la escena y cantan tomados de las manos la misma canción del primer acto. Cuando termina, se miran unos a otros con cierto embarazo.)*

BENITO. — ¿Y? ¿Nos besamos o nos besamos? *(Arturo se abalanza hacia Jorgelina. Los demás siguen embarazados. Irene y Magali, que están juntos, se separan. Victor tiene un movimiento hacia Zizi, pero se contiene. Sergio avanza hacia Sonia, la cual besa a Marta. Armando se ha dado cuenta, y se aproxima a María Paula. Vacilan un instante y luego se besan. Vicente querría ir hacia Zizi, pero mira a Victor y no se atreve. Benito se abalanza hacia Victor y lo besa cómicamente.)* Hermoso jefe, recibid este abrazo en nombre de todos vuestros vasallos que os respetan y os aman. *(Todos los varones se precipitan hacia Victor, lo besan y lo abrazan. Las mujeres hacen lo mismo con Marta. Van diciendo: "Feliz año nuevo ¡salud! prosperidad")*

VICTOR. — ¿Y? ¿qué esperamos para levantar las copas? *(Todas corren hacia el bufet y se sirven y pican.)*

ZIZI. — Miren que claro de luna. ¿Vamos a bailar a la terraza?

MARIA PAULA. — Buena idea. Voy a poner un disco. *(Mutis izquierda.)*

MARTA. — ¿Estás loca? Con el frío que hace.
IRENEO. — ¿Cuántos grados bajo cero?
VICENTE. — Quince.
ARMANDO. — Zizi tiene razón, hay que moverse. *(Oyese música. María Paula vuelve. Se forma parejas que salen danzando.)*
MARTA. — Victor...
VICTOR. — *(Que estaba por salir, vuelve.)* ¿Marta?
MARTA. — Estoy muy inquieta.
VICTOR. — Yo también. ¿Vió la grieta en el piso de arriba?
MARTA. — Sí. Puse un armario delante de la pared para que nadie la viera.
VICTOR. — Debe estar cediendo el terreno debajo del hotel.
MARTA. — Tenemos que salir de aquí cueste lo que cueste.
VICTOR. — Usted sabe que es imposible.
MARTA. — Sin embargo, lo que pasa en el corazón de estos muchachos acaso es mucho más grave.
VICTOR. — Sin exageración.
MARTA. — Hay momentos en que ya no soy dueña de mis propios nervios.
VICTOR. — Hay días en que no me siento el mismo de siempre.
MARTA. — Usted es un muchacho noble y bueno, Víctor, pero puede hacer mucho daño.
VICTOR. — ¿Por qué?
MARTA. — Usted es peor que Sergio. Sergio trastorna sin escrúpulos la vida de una muchacha, pero trastorna también la suya y se da por entero. Usted en cambio, es de los que toman sin darse.
VICTOR. — Marta, usted es digna de un hombre capaz de darse por entero.
MARTA. — *(Sonriendo tristemente.)* Gracias por haberlo descubierto.
VICTOR. — Oh, no soy muy delicado en cuestiones sentimentales. Soy una especie de bruto, no sé si sabe.
MARTA. — Los brutos de su clase pueden ser...
VICTOR. — ¿Qué cosa?
MARTA. — Esa clase de hombres que enamoran a una mujer.

VICTOR. — Cállese, Marta. Estoy locamente enamorado de Zizi, y ella se burla de mí. *(Pausa. Marta no puede contener el llanto.)*
ZIZI. — *(Volviendo.)* Estoy completamente mareada.
MARTA. — *(Medio mutis.)* ¿Vienes conmigo?
ZIZI. — Ya voy. *(Marta mutis. Zizi, a Victor.)* Oiga, cuando le dije que con usted sólo se podía hacer alpinismo, estaba en un error.
VICTOR. — ¿De veras? ¿Qué le hizo cambiar de opinión tan de repente?
ZIZI. — Nunca llegué a pensar realmente lo que dije.
VICTOR. — Oh, me alegra mucho. Entretanto, ¿qué le parece si se fuera a hacer nono?
ZIZI. — ¿Se está burlando de mí?
VICTOR. — Francamente, creí que era usted quien se burlaba.
ZIZI. — Me burlo de todos... menos de usted.
VICTOR. — Zizi, le aconsejo que no abuse del champagne.
ZIZI. — ¿Le parece que soy una coqueta, verdad? Pero no me hasta qué punto me siento desgraciada.
VICTOR. — *(Burlón.)* ¿Le duele algo, querida?
ZIZI. — Todo el mundo dice que soy agradable, pero nadie me quiere de verdad. ¡Oh, me doy cuenta! Temo que toda la vida me pase lo mismo.
VICTOR. — Zizita... *(Se acerca a ella. Instintivamente apoya su cabeza en el hombro de Víctor. Permanece así un instante, hasta que se desprende suavemente.)* Resueltamente, creo que debe irse a dormir.
ZIZI. — Sí, sí... Buenas noches. *(Mutis izquierda. Victor mutis derecha.)*
SONIA. — *(Entra bailando con Armando.)* No baila tan mal, por tratarse de un profesor...
ARMANDO. — Usted sí que baila bien. *(Vacila.)* Casi demasiado bien.
SONIA. — ¿Le fastidia?
ARMANDO. — Ya que me trata de profesor, puedo amonestarla un poco. ¿Sabe cómo se regaña a una buena alumna?
SONIA. — *(Un poco sombría.)* Yo no soy alumna suya.

ARMANDO. — (*Animándose.*) Sin embargo, necesito decirle que usted me inquieta un poco.

SONIA. — No se preocupe. Armando.

ARMANDO. — (*Sincero.*) Siento mucho tener que hablarle así, pero debo hacerlo.

SONIA. — (*Burlona.*) "Debo, debo" No siempre está bien lo que sólo se hace por obligación.

ARMANDO. — (*Desorientado.*) ¡Qué mujer extraña! (*Retomando, con calor.*) Sonia, ¿de veras no puede creer que yo siento por usted una verdadera amistad, una profunda amistad? (*Sonia se ha sentado.*)

SONIA. — (*Tocada.*) Sí, lo creo. Yo también me siento amiga suya. (*Armando se aproxima a ella un poco turbado.*) Muy amiga suya. (*Lo mira con ternura.*)

ARMANDO. — (*Se sienta al lado de ella y la mira cada vez con mayor turbación. Luego se reanima.*) Entonces puedo decirle: "Sonia, tenga cuidado". ¡Oh, cierre esos labios, por favor!

SONIA. — (*Herida, apartándose.*) También usted habla de mis labios? También usted es como los otros?

ARMANDO. — (*A pesar suyo.*) Como el "otro", quiero decir.

SONIA. — (*Irritada.*) No le permito que...

ARMANDO. — (*Desolado.*) Perdóneme. Tiene razón, soy como los demás. Es que resulta muy difícil aún para el hombre más decente, para el amigo más sincero, evitar la tentación.

SONIA. — (*Agradada ante la confesión, aún sin gustarle la forma en que ha sido expresada.*) ¿De veras? Sin embargo soy incapaz de ofrecerme, y menos a usted.

ARMANDO. — (*Tratando de recobrarla.*) Cómo puede creer... Yo quería decir... Es tan difícil...

SONIA. — Diga lo que tiene que decir.

ARMANDO. — Usted desea el amor. Es natural, ya que nació para el amor. (*Intensamente.*) Para ser amada. Sólo que...

SONIA. — Sí. ¿Qué?

ARMANDO. — Tal vez debería... Pienso que debería esperar un poco.

SONIA. — ¿Esperar? Me gustaría. Pero Armando, cuando

alguien se complace en atormentarme, me resulta penoso tratar de resistirme indefinidamente. Penoso y tal vez inútil.

ARMANDO. — (*Sin comprender. Cada vez más celoso.*) Entonces... ¿es tan frágil usted? ¿O es que el otro es demasiado seductor?

SONIA. — (*Con viveza.*) ¡Deje en paz a Sergio! ¿Cuándo terminará de comprender que no se trata de él, que se trata de mí solamente?

ARMANDO. — (*Otra vez inoportuno.*) Sonia, por nada del mundo querría convertirme en el rival de un amigo.

SONIA. — (*Descorazonada, secamente.*) Está bien, Armando, lo felicito por su perspicacia. (*De pie, alejándose.*) Ah, usted estaba en lo cierto. Sergio es muy seductor. Ya lo sabe.

ARMANDO. — (*Corriendo hacia ella.*) ¡Sonia! ¡No me importa lo que llegue a pensar de mí! Mi dignidad no cuenta para nada en este caso. ¡No! ¡No estoy celoso de Sergio! Sólo siento celos de usted. Yo tengo de usted una idea tan pura, tan alta... ¡La idea de lo que usted es, Sonia! ¡Necesito, siento que necesito ayudarla a conservar ese tesoro que mantiene intacto mientras espera...

SONIA. — ¿A quién?

ARMANDO. — Al hombre digno de usted.

SONIA. — (*Lo mira, luego se aleja más aún. Enseguida vuelve.*) Usted es gracioso, Armando. (*Sube a su habitación. Armando queda un instante inmóvil, presa de una gran agitación interior. Luego recoge su manto y su bonete, y se dirige hacia la derecha. Se cruza con Ireneo, que aparece.*)

IRENEO. — ¿Salías?

ARMANDO. — Un momento, sí.

IRENEO. — Hace un frío seco delicioso.

ARMANDO. — ¿Vas a acostarte?

IRENEO. — No sé. A lo mejor. (*Armando mutis. Ireneo se sienta en la silla de la columna. Extrae un libro de oraciones y lee. Luego se distrae y deja de leer. Magali entra suavemente por la galería. Baja lentamente la escalera. Al ver a Ireneo se sobresalta, pero no hace ruido.*)

MAGALI. — ¡Ireneo! (*Baja la escalera y se detiene.*) Lo vi entrar desde mi ventana. (*Ireneo sigue silencioso.*) Se acuer-

da, Ireneo, que hace dos meses usted estuvo aquí acompañándome mientras los demás se habían ido a pasear?

IRENEO. — Sí.

MAGALI. — Nunca volvió a hacerlo. Se dió maña para no volver a encontrarse a solas conmigo. Sé que está mal recordarle esto. Me doy perfecta cuenta de que no puedo mentir diciéndome que no lo hizo a propósito. Dígame una cosa: ¿es sólo por miedo al qué dirán que no quiere hablar conmigo?

IRENEO. — Pretiero que no me pregunte esas cosas, Magali.

MAGALI. — Me basta con esa respuesta. Créame, Ireneo: para hablarle de eso me ha hecho mucha falta una audacia que yo misma me desconocía. Perdóneme. *(Se aleja.)*

IRENEO. — *(Se levanta y la alcanza.)* ¡Magali! Hizo bien hablándome de eso. Creo que tanto usted como yo somos capaces de sobreponernos a cualquier situación embarazosa. Siéntese conmigo. *(Se sienta a la derecha.)*

MAGALI. — *(Sonriendo.)* Creí que evitaba estar conmigo para no comprometerme, o para no comprometerse.

IRENEO. — *(Sonriendo a su vez.)* Estar juntos una sola vez no compromete a nadie. Lo que quise evitar fué que esto se convirtiese en una dulce costumbre. Nosotros debemos dar el ejemplo, Magali. Mire el espectáculo de esas montañas. En lugar de calmar el deseo de la gente, no hace sino excitarlo.

MAGALI. — Yo no lamento lo que le pasa a la gente, como usted dice.

IRENEO. — ¿Acaso los envidia?

MAGALI. — ¿Está seguro de que no tengo nada que envidiarles, Ireneo?

IRENEO. — El amor no es lo único que existe. También existe la piedad que se ocupa de consolar, de curar a los semejantes.

MAGALI. — Yo creo que la piedad no es más que amor escondido.

IRENEO. — No, es amor a través del renunciamiento de sí mismo.

MAGALI. — ¿Está seguro de que lo mejor de uno mismo no queda en el fondo?

IRENEO. — Todo lo que queda en el fondo es impureza.

MAGALI. — Resulta difícil distinguir lo puro de lo impuro, tratándose de gente de carne y hueso. Estoy convencida de que querer apasionadamente a una persona, es la única manera de llegar al fondo de la vida y de poner en movimiento lo mejor de uno mismo.

IRENEO. — *(Irguiéndose un poco.)* Muchas veces me hice la misma pregunta. Pero me contesté que no es cierto, y que lo mejor consiste en amar a todos y a todo.

MAGALI. — Es terrible lo que le digo, Ireneo, pero estoy segura de que se equivoca. Lo he pensado mucho, y ahora estoy convencida de que la bondad es la única virtud que no puede cultivarse en la soledad.

IRENEO. — Si yo renuncié el amor fué para cultivar mejor la bondad de mi alma.

MAGALI. — Ireneo, usted renunció a entregarse a otro ser y se refugió en la soledad. ¿Y cree que por eso su bondad es más profunda?

IRENEO. — *(Levantándose violentamente.)* ¡Magali! ¿Se da cuenta de lo que está haciendo en este momento?

MAGALI. — *(Levantándose.)* Hay algo mezclado con su generosidad y con su predilección por la pureza. ¿Sabe qué es? Un poco de prudencia y un poco de cobardía. ¡Sí, de cobardía! Usted pensó que el amor humano es imperfecto, que lo haría sufrir... ¿Por qué el amor humano hace sufrir siempre, Ireneo?

IRENEO. — Cállese! ¿Por qué me dice eso?

MAGALI. — *(Violenta.)* Porque ya no puedo evitarlo. Porque sufro horriblemente y porque necesito que usted también sufra tanto como yo.

IRENEO. — ¡Magali!

MAGALI. — Ahora creo que hemos terminado.

IRENEO. — ¿Cómo puedo quedarme así, con tanto veneno en el corazón?

MAGALI. — Usted estaba acostumbrado a pensar que sólo hay veneno en el corazón de los demás.

IRENEO. — *(Gritando.)* ¡No me lastime más! ¡Hace dos meses que lucho contra usted!

MAGALI. — ¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Lo único que yo reclamaba era su piedad!

IRENEO. — Pero... ¿usted...? ¿Usted siente piedad por mí?

MAGALIL. — ¡Perdón, Ireneo!

IRENEO. — Yo había llegado a construir, modestamente, una vida adecuada a mis fuerzas y a mi voluntad. Ahora todo se derrumba. La tentación es deliciosa; Magalí. ¿Esta segura de que su amor hubiese hecho de mí un hombre mejor y más útil?

MAGALI. — Sí. Y tal vez más dichoso también.

IRENEO. — *(Más cerca.)* Compréndame. Usted es distinta de todas las mujeres, y sabe que el cuidado de la perfección es más importante que el de la felicidad. Magalí, yo la quiero. Si tenemos que ser dichosos en esta vida ¿por qué vacilamos entonces? Sí, era un juego de niños querer renunciar al amor antes de haberlo conocido. Pero ahora ¿por qué...?

MAGALI. — ¿Por qué nos habremos encontrado? Según su fe, que es también la mía, debemos creer que un ser superior ha ordenado el sacrificio de nuestra felicidad. Hay que obedecer el mandato de Dios.

IRENEO. — ¡Pero si Dios la ha creado a usted, Magalí! ¿Es culpa de Dios si usted existe? *(Sonríe.)* Si usted no existiese, sería tan fácil resolver mi dilema...

MAGALI. — *(Herida.)* ¡Si yo no existiese!

IRENEO. — ¡Pero existe! ¡Existe Magalí!

MAGALI. — Si, una mujer puede pertenecer al mismo tiempo a Dios y al hombre a quién ama. Pero un hombre como usted ¿puede, acaso? Ireneo, mi vida depende de su respuesta. Sea valiente. Míreme la cara. Nuestro amor podría ser lo más hermoso del mundo. ¿Pero no será tal vez un imposible?

IRENEO. — *(Pausa, mirándola.)* Creo que pueden estar juntos en mi alma el amor a Dios y el de una mujer de su clase. Evidentemente mi ambición fué muy grande. Yo no sólo quería amar a Dios sobre todas las cosas, sino también servirlo entre los hombres. *(Ella lo mira angustiada.)* La moral actual hace cada vez más necesario que algunos hombres den el ejemplo de una austeridad rigurosa y un firme sacrificio. Faltan santos en la tierra... Pero otros lo serán en mi lugar. Cuando la miro a usted, no me arrepiento de nada, Magalí. Y la miraré toda mi vida.

MAGALI. — *(Tiembla.)* No, no podría jamás. Sus ojos están más lejos y más altos... Usted no se perdonaría nunca

este amor, y yo... Yo no me perdonaría nunca haberlo arrastrado a él. *(Aparece Sonia en la escalera.)*

SONIA. — *(Bajando.)* No puedo dormir. *(Ireneo mira a ambas extraviado y sale.)*

MAGALI. — *(Subiendo las escaleras.)* Sin embargo, dormir es lo mejor que podemos hacer... *(Se cruzan.)*

SONIA. — ¿Estás llorando? Oh, no me hace falta mucho para que te siga el ejemplo.

MAGALI. — Tú también eres desdichada, pero tienes cura. SONIA. — ¿No quieres que me quede contigo, Magalí?

MAGALI. — No, gracias. Eres muy buena... *(Va a salir, se detiene.)* ¡Sonia! ¡No esperes! ¡No dejes pasar la vida! *(Desaparece. Vuelve Ireneo, con Arturo y Jorgelina.)*

IRENEO. — ¿De modo que se han arreglado, criaturas? JORGELINA. — Sí.

IRENEO. — *(A Arturo.)* ¿Así que ya no te diviertes atormentando a Jorgelina?

ARTURO. — ¿Como?

JORGELINA. — Me gusta que Arturo me bese, pero con suavidad.

IRENEO. — *(Sentado entre ambos.)* Con suavidad...

SONIA. — *(Acercándose.)* Entonces no se besen. A la edad de ustedes es difícil besar sin violencia.

IRENEO. — Ahí tienen. A lo mejor Sonia tiene razón.

SONIA. — También puede hacerse mucho daño cuando no se besa, Ireneo.

ARTURO. — Pero en fin, ¿podemos ser camaradas?

IRENEO. — Naturalmente.

ARTURO. — Entre hombres y mujeres no es igual que entre hombres solamente.

IRENEO. — *(Riendo.)* Ah, ¿y eso lo descubriste solo?

ARTURO. — Vamos, Ireneo. Ya no somos chiquillos. Queremos preguntarte una cosa.

SONIA. — ¿Puedo escuchar la confesión?

ARTURO. — Sí, siempre que guarde el secreto.

SONIA. — Seré una tumba.

ARTURO. — Bueno, hemos resuelto casarnos.

IRENEO. — ¿Cómo? ¿Tan pronto? Por aquí no hay iglesia y yo no estoy ordenado todavía.

JORGELINA. — (*A Arturo.*) Te dije que se iba a burlar de nosotros.

ARTURO. — Te hablo en serio, Ireneo. Vamos a esperar algunos años. Pero ¿podemos comprometernos desde ahora?

IRENEO. — Esto es grave. ¿Que pasaría si dentro de algunos años tú, Arturo, siguieras queriendo a Jorgelina, pero ella quisiera a otro hombre?

SONIA. — También podría suceder lo contrario; que él quisiese a otra mujer y Jorgelina siguiese queriendo a Arturo.

ARTURO. — Nosotros sabemos mucho de estas cosas. Sabemos que hasta podemos enojarnos después del casamiento. Mis padres están divorciados.

IRENEO. — Ya ves que no se puede cometer errores en el matrimonio.

JORGELINA. — Mis padres se pasan la vida peleando.

SONIA. — Ah, ¿y eso te estimula?

JORGELINA. — Sí, porque en seguida se reconcilian.

IRENEO. — ¡No!

JORGELINA. — Sí. Y cuando se reconcilian se lo pasan besándose hasta cansarse.

IRENEO. — Bueno, no tengo nada que decir. Pero recuerden que la vida es cosa muy seria.

ARTURO. — Claro que sí. Por eso queremos casarnos pronto. Mientras uno espera, sólo hace tonterías. (*Sonia besa a Jorgelina. Ireneo la imita y se van por izquierda.*)

IRENEO. — Hay que avisar que se está haciendo tarde. Díganlo ustedes, que parecen los más razonables de toda la banda. (*Mutis de los tres. Sonia va al foro. Entra Sergio, que cruza la escena y sube escaleras. Sonia se adelanta y lo llama.*)

SONIA. — ¡Sergio! Lo estaba esperando. Necesito que tengamos una explicación. Le prohíbo que se pase la noche golpeando la puerta de mi cuarto.

SERGIO. — Está bien. Pero la explicación vamos a tenerla mañana, detrás de aquella roca que usted sabe. Ahí donde... Donde nos besamos tan deliciosamente.

SONIA. — Oh, no tan deliciosamente.

SERGIO. — ¿No era delicioso? ¿Como era?

SONIA. — Repugnante.

SERGIO. — Miente. En aquel momento sentí que su cuerpo decía la verdad.

SONIA. — Verdad es lo que digo ahora.

SERGIO. — Quiero que volvamos allá. Allá usted es más "usted" que nunca.

SONIA. — Si es así, me horrorizo de mí misma.

SERGIO. — Sonia, eso le pasa porque nos quedamos a mitad camino.

SONIA. — ¡Cállese!

SERGIO. — ¿Tiene miedo de la alegría que siente?

SONIA. — Le digo que se calle, o llamo.

SERGIO. — (*Sujetándola, le tapa la boca con un beso.*) Cada vez que quieras llamar te voy a tapar la boca así. (*Sonia ya inmóvil, ojos cerrados, no contesta.*) Y no tienes que pensar nada. ¿Verdad que esta noche me vas a esperar? ¿Y que mañana habrás dejado de sufrir?...

SONIA. — Si fuese cierto... ¡Soy tan desgraciada!

SERGIO. — Ninguna de estas muchachas puede hacerte ninguna revelación. De todas ellas, tú eres la única mujer de verdad.

SONIA. — Oh, es muy doloroso ser mujer. No quisiera serlo.

SERGIO. — Mañana nos vamos a reír de tu resistencia de hoy. Pero ahora no te rías. ¡Estás tan linda así!

SONIA. — ¡Linda! ¿Es que se trata de ser linda solamente?

SERGIO. — Todavía no me conoces, Sonia. Si te quiero es para que seas dichosa, ¿comprendes?

SONIA. — (*Abrazándolo con desesperación.*) ¡Sergio! (*Pausa.*) Desconfío de ti.

SERGIO. — (*Retribuyendo.*) ¡Mejor! Vas a ser todavía más feliz. (*Entra Armando, se detiene mientras sigue el abrazo, y da algunos pasos. Ella lo ve y se desprende de Sergio. Mira a Armando y huye.*)

ARMANDO. — Me oíste llegar. Hicé ruido a propósito ¿Por qué te dejas sorprender así?

SERGIO. — ¿Que me deje sorprender? ¿Qué me importa a mí de todos ustedes?

ARMANDO. — ¿Te divierte comprometer a esa pobre muchacha?

SERGIO. — Estoy por encima de toda diversión, y a una altura inalcanzable.

ARMANDO. — Sin embargo...

SERGIO. — Te suplico que no te metas en lo que no te importa.

ARMANDO. — Cuando uno ve el mal, es justo que trate de evitarlo.

SERGIO. — ¿De dónde te viene tanta preocupación?

ARMANDO. — Se trata de una señorita.

SERGIO. — ¿Acaso eres su padre o su hermano?

ARMANDO. — Todos los que la rodeamos tenemos el deber de velar por ella.

SERGIO. — A pesar de todo será mía, si le gusto.

ARMANDO. — Ella es libre de hacer lo que quiera, pero tú debes pensar que sólo vamos a estar aquí cuatro meses y que su reputación puede resentirse cuando volvamos allá.

SERGIO. — Cuatro meses es una eternidad.

ARMANDO. — No hagas literatura ¿Qué piensas hacer después de esto? ¿Casarte con ella?

SERGIO. — Una vez más te digo, Armando, que esto nos interesa a ella y a mi solamente.

ARMANDO. — Sabes muy bien que no estás en condiciones de asegurar su existencia. Entonces la estás engañando. Claro que eso no me interesa, pero me tomo la libertad de decirte que es una indignidad.

SERGIO. — En cambio tú, tú podrías ofrecerle la mitad de tu sueldo de profesor suplente.

ARMANDO. — No se trata de mí.

SERGIO. — ¡Vamos! Si no me equivoco, eres profesor de historia y no de virtudes, como Ireneo. Si intervienes con tanta virulencia, es por motivos particulares que, por otra parte, saltan a la vista. Lo siento mucho querido, pero te gané de mano.

ARMANDO. — No, Sergio. Siento verdadero afecto por Sonia. No soy capaz de disputártela para conseguirla, sino para abrirle los ojos. No le dije nada hasta ahora, pero creo tener alguna influencia sobre ella.

SERGIO. — Tengo motivos para creer que de influencia a influencia un hombre no retrocede ante nada para tenerla, o para vengarse por haberla perdido.

ARMANDO. — Me está amenazando, Sergio... Significa que me tienes miedo. Mira, ahora estoy convencido de que la vas a perder.

SERGIO. — Y yo te voy a demostrar que no sabes nada de nada, charlatán. *(Le da un fuerte golpe que hace retroceder a Armando. Da contra un mueble y cae desvanecido. Entra Sonia. Al verlo, lanza un grito. Sergio se inclina sobre Armando.)*

SONIA. — ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Victor! ¡Victor! *(Sergio huye llevándose su bolsa y bastón. Ella, arrodillada. Entran Victor e Ireneo. Luego Magalli, María Paula, Benito, Vicente y Zizi.)*

VICTOR. — ¿Qué pasa? ¿Qué sucedió?

SONIA. — ¡Fué Sergio!...

IRENEO. — ¿Qué pasó? ¿Está herido?

MARIA PAULA. — ¡Oh! Armando... Armando...

VICTOR. — No es nada. Una pelea entre Armando y Sergio.

VICENTE. — ¡Armando, Armando!

SONIA. — Traigan un pañuelo mojado por favor. *(Sale María Paula, y vuelve con un pañuelo.)*

ZIZI. — *(Entrando.)* ¿Quién está herido?

BENITO. — ¿Qué pasa aquí? Acabo de ver a Sergio con la mochila y el bastón, corriendo como un loco. Quiere pasar el ventisquero.

IRENEO. — ¿De noche? ¡Está loco! *(Va a salir.)*

VICTOR. — Quieto, Ireneo.

SONIA. — *(Llorando.)* ¡No fué culpa mía! ¡No fué culpa mía!

MARTA. — *(Abrazándola.)* No querida, no fué culpa tuya.

VICTOR. — No es culpa de nadie. Es culpa de todos. Y mía antes que nada. Voy a buscar a Sergio. *(Ante un gesto de los demás.)* No... Soío. Voy yo solo. *(Sale. Vicente quiere detenerlo. Se desprende y se va. Crisis de angustia. Magalli aparece en la escalera y cae el telón.)*

CUADRO SEGUNDO

Una noche. Benito, Vicente, Arturo, luego María Paula, Benito y Vicente y Arturo, acostados en distintos lugares cubiertos con frazadas.

VICENTE. — ¿Estás durmiendo?

BENITO. — No.

VICENTE. — Yo tampoco.

BENITO. — Qué nochecita, ¿eh?

VICENTE. — *(Por Arturo.)* A este nada le quita el sueño.

BENITO. — ¡Oh, juventud!

VICENTE. — Estoy seguro de que las muchachas tampoco duermen.

BENITO. — A lo mejor.

VICENTE. — ¿Por qué no nos dejaron colaborar en la búsqueda?

BENITO. — Víctor dijo que era peligroso salir de noche.

VICENTE. — ¿Te parece que lo van a encontrar?

BENITO. — Lo único que sé es que siguieron los pasos de Magalí hasta llegar a la gruta. Después, nada. Ni huellas de ida ni de vuelta. Es un lugar sembrado de grietas.

VICENTE. — ¿Qué idea le habrá dado de caminar de noche por ese sitio!

BENITO. — Era un poco rara esa Magalí.

VICENTE. — “Era”... Lo dices como si ya hubiese muerto.

BENITO. — ¿Quién sabe! *(Pausa.)*

VICENTE. — *(Levantándose y encendiendo la luz.)* No aguanto esta oscuridad. Peor para el nene si se despierta.

BENITO. — *(Idem.)* Preparemos un poco de café. No van a tardar en llegar.

VICENTE. — Hace tres horas que están afuera.

BENITO. — Lleva tiempo instalar la cabria. Además tienen que sondear la grieta en muchos puntos.

VICENTE. — ¡Magalí desaparecida!... Hace cinco días que no sabemos nada de Sergio. Se habrá caído él también en algún agujero de esos. ¡Sí que anda bien nuestra colonial!

BENITO. — Víctor siguió las huellas de Sergio hasta el cañón del Pico Negro. Ahí desaparecían. Claro, es más fácil buscar una aguja en un pajar que a un hombre en la nieve.

VICENTE. — Sergio no es hombre para suicidarse. ¿Por qué se habrá ido?

BENITO. — Es que aquí nos volvemos todos un poco locos.

MARIA PAULA. — *(Entrando.)* No puedo estar más con esas chicas que lloran y lloran. *(Sentándose.)* Es horrible.

VICENTE. — Voy a hacer café. *(Mutis.)*

BENITO. — No hay nada que hacer, María Paula. Se trata de un suicidio. *(María Paula se desespera.)* Tenía algo en los ojos... Era una muchacha extraordinariamente delicada.

¿comprenden? Demasiado delicada para esta perra vida.

MARIA PAULA. — ¡Cállese! A muchos los han encontrado en el fondo de las grietas, sin un rasguño siquiera.

BENITO. — *(En voz baja.)* Las grietas aquí... son muy profundas.

MARIA PAULA. — ¿Muy profundas?

BENITO. — No se sabe... Cerca de cien metros... *(Aparecen Víctor, Marta, Ireneo y Armando, en silencio. Arturo se incorpora. María Paula se levanta de su asiento y pregunta con la mirada. Marta sacude la cabeza y llora.)*

MARIA PAULA. — ¡Víctor! *(Sonia aparece por el foro.)*

VÍCTOR. — Primero cayó desde un saliente... Unos cincuenta metros... Pude bajar juntando dos cuerdas. Encontré rastros de sangre y algunos cabellos. Pero el cuerpo no estaba. Se habrá deslizado más abajo todavía.

MARIA PAULA. — ¡Dios Mío!

VÍCTOR. — ¡Es inconcebible! *(Mira a Ireneo que está inmóvil, como inconsciente.)* Ireneo...

IRENEO. — Te arriesgaste como ninguno de nosotros se hubiese atrevido a hacerlo, Víctor.

VÍCTOR. — Deberías descansar. ¿Hay café?

BENITO. — Vicente lo va hacer en seguida.

VÍCTOR. — Arturo, vete a ayudarlo. *(Arturo mutis.)*

MARIA PAULA. — Voy a avisar a Jorgelina y a Zizi. ¡Están en un estado!

MARTA. — Que se queden allá. Yo les subo café. Tú también deberías descansar, Sonia. Tienes mala cara.

SONIA. — No. Quiero saber.

ARMANDO. — No hay más nada que saber. *(María Paula sale con Vicente.)*

IRENEO. — Sí, falta saber por qué Magalí ha muerto.

ARMANDO. — Silencio, Ireneo.

IRENEO. — Salió de aquí y llegó hasta la grieta, sin volverse. No hay una sola vacilación en su camino.

VÍCTOR. — Nunca sabremos nada. *(Ireneo hace un gesto como diciendo: “No nos engañemos”)*

SONIA. — Tenía un gran amor. Me lo dijo hace algunos días. Hace precisamente cinco días. Fué al día siguiente de... De la desaparición de Sergio. ¡Me veía tan desgraciada! Me

dijo... que yo no era la única que sufría, pero que mi mantenía remedio. ¡Pobre Magalí! (Llora.)

IRENEO. — (Violento.) A mí me dijo si yo no existiese...

MARTA. — (Aspera.) ¡Usted es el responsable de su muerte!

VICTOR. — ¡Marta!

MARTA. — Ustedes, entre hombres, se defienden. Es natural. Deberían saber que las condiciones no son iguales. Ustedes tienen otros recursos. Nosotras no tenemos más que la desesperación.

VICTOR. — No creo que Magalí haya muerto desesperada. Hablé con ella de muchas cosas. Me escuchaba apenas, pero había en sus ojos una luz maravillosa. Me voy a acordar siempre de esa mirada. Una lección para todos aquellos que no se contentan con lo imperfecto.

BENITO. — No entiendo cómo pudo seguir su propósito hasta el último momento.

MARTA. — Ireneo, ¿cómo va a soportar el remordimiento de haberla rechazado?

IRENEO. — Yo no la rechacé. La quería. ¿Se lo dije!

MARTA. — ¿Cómo, que la quería? ¿Se lo dijo? ¿A ella?

IRENEO. — ¡Le dije que por ella renunciaba a mi vocación!

ARMANDO. — ¡Por fin sabemos por qué murió Magalí!

MARTA. — Sí, y sabemos también cómo pueden sacrificarse los hombres de tal manera que las mujeres no podamos aceptarles el sacrificio.

VICTOR. — Marta, evitemos amarguras ante la muerte de Magalí. Tengamos el coraje de pensar, sobreponiéndonos a nuestro espanto y a nuestro dolor.

SONIA. — Es lo que Magalí hubiese deseado.

VICTOR. — Ireneo iba hacia su vocación con una alegría sin límites. Ahora vuelve a ella con un dolor que ya nada puede calmar.

BENITO. — Según la religión de Ireneo, Magalí será condenada aunque haya muerto para que Ireneo pueda servir a Dios con libertad. (Gritando.) ¡No puedo soportar que nos resignemos a esta suerte absurda!

IRENEO. — Toda la culpa es mía. ¡Yo pude evitar su muerte! Pude llevar a Magalí más allá del amor, si yo mismo no hubiese sucumbido al amor. ¡La perdí durante ese segundo en

que sucumbí a la tentación! Magalí no se mató porque me quería sino porque yo la quería...

VICTOR. — Comprendemos, Ireneo. (Lo abraza.) Te ruego que nos perdones.

BENITO. — Yo también. (Le da la mano y un abrazo.)

MARTA. — Víctor... (Ireneo sube lentamente por la escalera. Lo mira. Suena el timbre estridente del teléfono. Sobresalto. Víctor va al aparato.)

VICTOR. — ¡Holal! Sí...

SONIA. — ¿Estamos salvados? ¿Es posible? Salvados (Telón.)

CUADRO TERCERO

Sergio, Víctor y Marta en primer plano. Más al foro Zizi, María Paula, Jorgelina. En la escalera Vicente y Benito. Sonia en la galería. Agitación, todos vienen y van juntando cosas.

ARMANDO. — Eso que hiciste es asombroso, Sergio.

VICTOR. — ¡Pasar el Pico Negro, solo y en esta temporada!

MARTA. — Y de noche.

SERGIO. — Tuve suerte. A unos cincuenta metros de la muralla encontré un refugio y pude hacer fuego para pasar la noche.

VICTOR. — Hubieras podido morir cien veces.

SERGIO. — Tuve suerte. Nadie había pasado antes por donde yo pasé. Eso es todo. Habrá que mandar una nota al Club Alpino. Otro día les contaré los detalles. No demoremos más. No se trepa muy rápido que digamos.

SONIA. — ¿De modo que no es tan bravo como parece?

SERGIO. — Hay unos trescientos metros difíciles.

VICTOR. — ¿Si esperásemos la caravana de socorro?

MARIA PAULA. — Ni se te ocurra. Yo no espero ni un minuto más.

ZIZI. — ¿Socorrernos a nosotros? ¡No nos conocen!

SERGIO. — De veras; es una tontería apurarse para volver, sobre todo pensando lo que nos espera allá.

SERGIO. — Además está por llover.

ARTURO. — (Viene con un paquete.) ¿Llueve? (Mira por la ventana.)

SERGIO. — Aquí no, tonto. En el valle. Hay niebla negra y barro. Es desagradable.

ARMANDO. — ¿Te das cuenta? Te vas a reincorporar al mundo civilizado.

VICTOR. — Chimeneas, fábricas, letreros luminosos, bocananas de automóvil.

BENITO. — El saludable oír a naftá...

ARMANDO. — *(Subiendo la escalera.)* ¿Y tu bachillerato, Arturo? Voy a ver si olvidamos algo arriba. *(Mutis.)*

SERGIO. — Estoy seguro de que las cartas que traje estaban llenas de tonterías.

VICTOR. — Yo perdí mi puesto, como me lo imaginaba.

MARTA. — Y María Paula, y yo, casi todas nuestras lecciones particulares. No sé cómo nos vamos a arreglar ahora.

SERGIO. — A mi me han propuesto para una mina en Chile.

SONIA. — ¿Tan lejos, Sergio?

VICTOR. — Por cierto que no nos vamos a abandonar.

BENITO. — Podemos formar una sociedad de socorros mutuos contra el aburrimiento.

MARTA. — Prometido.

SERGIO. — ¿Saben qué fue lo que más me disgustó durante los tres días que pasé allá? Ver a toda esa gente que no piensa más que en el dinero.

VICTOR. — Es verdad. Aquí nos pasamos cuatro meses sin tocar una sola moneda.

BENITO. — También, todo nos venía de arriba.

MARTA. — Pero no teníamos nada que hacer, y eso nos hacía sufrir.

VICTOR. — Trabajar no es lo penoso, sino correr detrás del dinero. Es más agradable trabajar para hacer un favor que para enriquecerse.

SERGIO. — Por lo menos en tu trabajo, hay salarios fijos. Pero no puedes imaginarte el efecto que me ha hecho toda esa pobre gente que no puede hacer un gesto sin pensar en los billetes de mil o en las monedas de diez.

VICTOR. — ¿Teníamos tan olvidado todo eso!

MARTA. — No sean exigentes. Mientras haya trabajo, no importa de qué trabajo se trate, ni en qué condiciones se realiza. ¿No es cierto, Víctor?

VICTOR. — En el fondo, aquí no somos más que huelguistas como hay tantos en el mundo.

BENITO. — Sí, pero como no teníamos que hacer cola en las ollas populares, tuvimos demasiado tiempo para pensar en las cosas del corazón. *(Armando aparece en la escalera.)*

VICTOR. — ¡La vida es difícil!

JORDELINA. — Oh, sí. Muy difícil. *(Risas.)*

ARMANDO. — Se hará lo posible para conformarla, ¿verdad Arturo?

VICTOR. — Lo que haremos allá será trabajar y vivir como los demás, pero pensando siempre en algo más alto que nuestro propio trabajo y que nuestra vida misma. Yo decía, "por la patria", Armando, "por la humanidad"... En todo caso, debemos dirigirnos hacia un ideal. Ireneo, "hacia Dios". Es lo mismo.

ARMANDO. — *(Desde la galería.)* ¿Arturo, tu cepillo de dientes! *(Se lo tira.)*

BENITO. — Hubiera sido una lástima dejarlo; está usado apenas.

ARMANDO. — Benito, ¿tus zapatillas! *(Se las tira.)* Están demasiado usadas. *(Teléfono. Víctor corre y habla.)*

VICTOR. — ¿Hola? Sí, señor; Sergio llegó bien.

VICENTE. — *(A Víctor.)* ¿Quién es?

VICTOR. — El dueño del hotel.

SERGIO. — Es un tipo riquísimo. Tiene veinte hoteles como este.

BENITO. — Que se vaya a dormir. No se nos vence ningún pagaré. *(Corta.)*

ARTURO. — No me cabe todo en la mochila.

VICTOR. — Habrás puesto algo demás.

ARTURO. — Sí, una caja de bizcochos.

VICENTE. — ¿Ah, sí? *(Dirigete a golpes con la mochila de Arturo.)*

ARTURO. — ¡Por favor! ¡Por favor! *(Teléfono.)*

VICENTE. — ¿Otra vez?

ARMANDO. — *(En el teléfono.)* ¿Qué? ¿Que nos quedemos unos días más?

TODOS. — ¡Oh!

ARMANDO. — *(En el teléfono.)* "Gratuitamente".

BENITO. — No, que nos paguen encima, si quieren.

ARMANDO. — Ah, ustedes quieren hacer una película.

VICENTE. — *(Tomando el auricular.)* Lo sentimos mucho pero tenemos contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer. *(Cuelga. Sonia vuelve. Tiene una mochila al hombro y otra en la mano. Todos están prontos para partir.)*

SERGIO. — Nuestra aventura los excita. El dueño del hotel dice que la temporada próxima se hará millonario. Va a construir trescientas habitaciones más.

VICTOR. — ¡Nuestra pobre casita! *(Teléfono.)*

VICENTE. — *(Tomando el auricular.)* ¡Hola! ¡Hola! *(Volviéndose.)* Es un periodista.

BENITO. — *(Abalanzándose.)* ¿Periodista? Déjenlo por mi cuenta. *(En el teléfono.)* ¿Hola? Sí, señor. Me llamo Benito. Eso es. Con B de burro. ¿Mi apellido? Can. Sí, con C de caballo. ¿La vida aquí? Muy dura, señor. Y ¿qué quiere? Las conservas. Sí, todos tuvimos el escorbuto... ¿Sobreexcitación. Enorme, señor. Hasta hubo un duelo. ¿Cómo a qué? A cuchillo, señor, a cuchillo. *(Volviéndose.)* Se va dando cuenta de que le tomo el pelo. *(En el teléfono.)* Uno de nosotros se volvió loco de repente. Sí, loco de remate. ¿Cómo quién fué? Yo, señor yo. *(Corta. Ireneo aparece por la terraza; mochila al hombro.)*

VICTOR. — *(Golpeando las manos.)* Reunión... Formen

SONIA. — *(Mostrando la mochila.)* La mochila de Magal

VICTOR. — Yo la llevo.

MARTA. — Vamos, muchachos. en marcha. *(Todos salen menos Armando y Victor.)*

VICTOR. — *(Luego de mirar a su alrededor, a Armando que cierra los postigos.)* Vamos, Armando. *(Se oye la canción del primer acto.)*

ARMANDO. — Estov encerrando todos los recuerdos.

VICTOR. — ¡Ireneo! *(Ireneo, que está en la terraza, no contesta. Victor y Armando salen. La sala queda vacía y oscura. Las voces se alejan.)*

TELON FINAL

La casa sobre el agua

Ugo Betti

SELECCION TEATRAL N° 32